UN THRILLER PSICOLÓGICO

EL PODCAST DE LA MUERTE

La última grabación



ORIOL

EL PODCAST DE LA MUERTE

LA ÚLTIMA GRABACIÓN

ORIOL

Derechos de autor © 2026 ORIOL

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
EPÍLOGO - SEIS MESES DESPUÉS

EL PODCAST DE LA MUERTE: LA ÚLTIMA GRABACIÓN

CAPÍTULO 1

El olor llegó antes que la visión.

Inspector Javier Oriol conocía esa mezcla de fluidos corporales y aire viciado como un enólogo distingue reservas. Veinte años en Homicidios te convertían en sommelier de la muerte. Se detuvo en el umbral del dormitorio, la mano izquierda en el marco de la puerta, y cerró los ojos un segundo más de lo necesario. No era cansancio. Era el ritual de siempre: preparar la mente para fotografiar la escena antes de que los de la Científica la convirtieran en un circo de flashes y bolsas de pruebas.

—Perdón por la hora, jefe. —La voz del subinspector Iván Crespo sonó desde algún lugar del pasillo—. La han encontrado hace una hora. La asistenta.

Oriol asintió sin girarse. Las 6:47 de la mañana de un martes de noviembre. Madrid aún dormía bajo una lluvia fina que no limpiaba nada, solo embarraba más la ciudad. Había recibido la llamada cuando terminaba su tercer café del día, de pie frente a la ventana de su piso de Lavapiés, fumando un cigarrillo que oficialmente había dejado tres años atrás. El insomnio era su compañero más fiel. Algunas noches solo conseguía dos horas de sueño fragmentado, interrumpido siempre por el mismo rostro: Marina Vega, veintitrés años congelados en una fotografía de carnet, desaparecida hace quince años cuando él era un inspector novato con ilusiones y un matrimonio que aún funcionaba.

Abrió los ojos.

La mujer yacía sobre la cama deshecha, desnuda, con las manos atadas a los barrotes del cabecero mediante bridas de plástico. Treinta y tantos, pelo castaño corto, complexión delgada. Los ojos abiertos miraban al techo con esa expresión de sorpresa final que nunca desaparecía del todo. Alrededor del cuello, las marcas violáceas del estrangulamiento formaban un collar irregular. No había sangre. Eso era lo primero que uno notaba: la ausencia de sangre.

—Cristina Campos, treinta y cuatro años, abogada especializada en derecho mercantil. —Crespo leía de su libreta digital—. Vivía sola. Divorciada hace dos años, sin hijos. La asistenta viene los martes a las seis. Tiene llave. Entró, vio... esto, y llamó al 112.

Oriol se acercó a la cama sin tocar nada. Sus ojos recorrían cada detalle: la posición del cuerpo, el ángulo de las extremidades, la ropa esparcida por el suelo. Una blusa blanca de seda. Una falda de tubo gris. Zapatos de tacón junto al armario. Todo indicaba que se había desvestido ella misma, quizá bajo coacción. O quizá había invitado a alguien. La puerta no mostraba signos de forzamiento.

—¿Contenido estomacal? —preguntó Oriol.

—Aún no ha llegado la forense. Pero en la cocina hay dos copas de vino. Una vacía, otra por la mitad.

Dos copas. Alguien conocido entonces, o alguien en quien confiaba lo suficiente como para invitarlo a entrar. Oriol se agachó junto a la mesilla de noche. Un iPhone con la pantalla rota. Un libro: *La chica del tren*. Un vaso de agua. Y algo más que hizo que se le tensara el estómago.

Un sobre blanco.

Sacó unos guantes de látex del bolsillo de su abrigo gris, ese que Elena, su exmujer, le había regalado la última Navidad que pasaron juntos. Se los puso con movimientos precisos y tomó el sobre. No estaba sellado. Lo abrió.

Dentro había una única hoja impresa. Letras negras sobre fondo blanco. Arial de doce puntos. Como un documento de oficina.

Leyó las tres líneas una vez. Luego otra. Y una tercera mientras sentía cómo el café de la mañana se le agriaba en el estómago.

«Episodio 47: El Estrangulador de Chamberí (1998)
Víctima: Mujer, 30-40 años, estrangulada en su domicilio.
Caso sin resolver. Crímenes Olvidados.»

—¿Qué es eso? —Crespo se acercó por detrás.

Oriol no respondió inmediatamente. Su cerebro procesaba conexiones a velocidad de vértigo. *Crímenes Olvidados*. Conocía ese nombre. Podcast de true crime. Lo había escuchado un par de veces mientras conducía, cuando el insomnio lo obligaba a dar vueltas por Madrid de madrugada para no volverse loco mirando el techo. El presentador tenía una voz grave y bien modulada, casi hipnótica. Contaba historias de asesinatos sin resolver con una mezcla de rigor periodístico y morbo contenido que enganchaba. Dos millones de oyentes, había leído en alguna parte.

—Crespo, busca en internet ese podcast. Episodio cuarenta y siete. —Se levantó, la nota aún en la mano—. Y que Científica revise este sobre. Huellas, ADN, lo que sea.

El subinspector sacó su móvil y tecleó. Oriol volvió a mirar el cuerpo. Cristina Campos. Una abogada que anoche cenó con alguien, bebió vino, quizá se acostó voluntariamente con esa persona, y terminó estrangulada con las manos atadas a su propia cama. Y alguien, el asesino, había dejado una nota relacionando el crimen con un caso antiguo de un podcast.

—Jefe... —La voz de Crespo sonó extraña. Apagada—. Aquí está. Episodio cuarenta y siete. Publicado hace seis meses.

Le pasó el móvil. Oriol leyó la sinopsis:

«En 1998, Madrid vivió una pesadilla de tres meses cuando cuatro mujeres fueron encontradas muertas en sus domicilios, estranguladas, sin signos de violencia sexual. El asesino nunca fue capturado. Hoy revisamos el caso del Estrangulador de Chamberí y las teorías sobre su identidad.»

Cuatro mujeres. 1998. Ese año él aún estaba en la academia. Conocía el caso de oídas, como todos en el cuerpo. Un tipo que entraba en pisos, estrangulaba mujeres y desaparecía sin dejar rastro. Hasta que simplemente dejó de matar. Los asesinos en serie no se jubilaban. O los atrapaban, o morían, o escalaban. Pero aquel se había desvanecido.

Y ahora, veinticinco años después, alguien estaba recreando sus crímenes.

—Llama a la comisaría. —Oriol le devolvió el móvil a Crespo—. Quiero todos los archivos del caso del Estrangulador. Y consígueme el contacto del presentador de ese podcast.

—¿Crees que...?

—No creo nada todavía. Pero si alguien está usando ese podcast como manual de instrucciones, necesito hablar con quien escribió el episodio.

Salió del dormitorio. En el pasillo, la asistenta lloraba sentada en el suelo, abrazada a sí misma. Una mujer de unos cincuenta años, pelo teñido de rubio, uniforme de limpieza. Un agente intentaba calmarla sin mucho éxito. Oriol pasó de largo. No podía ofrecerle consuelo. Solo justicia, quizá. Y ni siquiera eso estaba garantizado.

Bajó las escaleras del edificio, un bloque moderno de Arturo Soria con portero automático y cámaras de seguridad. Afuera, la lluvia había amainado. Las primeras luces del amanecer teñían de gris sucio los tejados de Madrid. Encendió un cigarrillo, ignorando la mirada reprobadora de un agente joven que custodiaba la entrada. Dio una calada profunda y sacó su propio móvil.

Buscó *Crímenes Olvidados* en Spotify. El podcast tenía ciento doce episodios. Miles de valoraciones. Una foto de perfil inquietante: un micrófono antiguo sobre fondo negro con gotas de sangre digitales.

Reprodujo los primeros treinta segundos del episodio cuarenta y siete.

La voz del presentador llenó sus auriculares. Grave, pausada, con un tono de intimidad estudiada:

«Buenas noches, soy Marcos Sendino, y esto es Crímenes Olvidados. Esta noche vamos a hablar de un asesino que aterrorizó Madrid durante el otoño de 1998. Un hombre que entraba en los hogares de mujeres solas, las estrangulaba con sus propias manos, y desaparecía como un fantasma...»

Oriol apagó la reproducción. Tiró el cigarrillo medio fumado y lo pisó con fuerza.

Marcos Sendino. Ese nombre iba a convertirse en familiar muy pronto.

Volvió a mirar hacia la ventana del tercer piso, donde la Científica comenzaba a trabajar. La ciudad despertaba lentamente, ajena a que en algún lugar, quizá en ese mismo instante, alguien estaba planeando el siguiente asesinato. Alguien que escuchaba podcasts de true crime no como entretenimiento, sino como inspiración.

Y por primera vez en quince años, desde que el caso de Marina Vega lo había partido por la mitad, Oriol sintió algo parecido al propósito. O quizá solo era el miedo disfrazado de adrenalina.

Su móvil vibró. Crespo. Mensaje de texto:

«He localizado a Marcos Sendino. Vive en Malasaña. ¿Vamos a por él?»

Oriol escribió la respuesta mientras subía de nuevo las escaleras. Había mucho trabajo por hacer antes de interrogar al presentador. Primero necesitaba entender exactamente qué había contado Sendino en ese episodio. Cada detalle. Cada teoría. Cada nombre mencionado.

Porque si el asesino estaba usando el podcast como guion, entonces el presentador, voluntariamente o no, se había convertido en cómplice.

O en el siguiente objetivo.

CAPÍTULO 2

La sala de reuniones de la Brigada de Homicidios olía a café recalentado y ambientador de limón. Oriol había convocado al equipo para las nueve de la mañana, pero él llevaba allí desde las siete y media, rodeado de carpetas, el portátil abierto, los auriculares puestos. Había escuchado el episodio cuarenta y siete completo tres veces. Sesenta y dos minutos de audio que ahora conocía casi de memoria.

Marcos Sendino tenía razón en una cosa: su voz era adictiva. Sabía modular los silencios, crear tensión, hacer que cada dato sonara como una revelación. El episodio era riguroso. Demasiado riguroso. Sendino había conseguido acceso a informes policiales, entrevistas con investigadores retirados, incluso fotografías de las escenas del crimen que nunca se habían hecho públicas.

Oriol tomó notas en su libreta. La vieja costumbre. Papel y bolígrafo. Elena siempre se burlaba de eso. *"Estás en el siglo veintiuno, Javi"*. Pero escribir a mano le ayudaba a pensar. A conectar puntos.

Episodio 47 - El Estrangulador de Chamberí (1998)

Víctimas:

1. Carmen Robles, 32 años, enfermera. Estrangulada en su piso de Chamberí. 12 de septiembre.
2. Nuria Expósito, 28 años, dependienta. Estrangulada en Tetuán. 3 de octubre.
3. Blanca Suárez-Inclán, 41 años, profesora. Estrangulada en Argüelles. 27 de octubre.

4. Patricia Mendoza, 35 años, contable. Estrangulada en Moncloa. 15 de noviembre.

Patrón: Mujeres entre 28-41 años, vivían solas, estrangulamiento manual, sin violencia sexual, sin robo. Entrada sin forzar. El asesino era invitado... o tenía llave.

Teoría principal del podcast: El estrangulador conocía a las víctimas. Posiblemente un trabajador de mantenimiento, repartidor, o alguien con acceso legítimo a los edificios. La investigación de 1998 se centró en tres sospechosos, pero ninguno fue acusado por falta de pruebas.

Oriol subrayó esa última frase dos veces. *Tres sospechosos*. Sendino los había mencionado por sus iniciales: R.G., portero de uno de los edificios. M.T., técnico de Telefónica que había visitado dos de los pisos semanas antes. Y J.L., un electricista freelance con antecedentes por allanamiento.

¿Dónde estaban esos tres hombres ahora? Veinticinco años después.

La puerta se abrió. Crespo entró con dos cafés en vasos de cartón y una carpeta bajo el brazo.

—Los archivos del 98. —Dejó todo sobre la mesa—. Están digitalizados, pero también he pedido las cajas físicas del archivo. Llegarán esta tarde.

—¿Has dormido algo? —preguntó Oriol sin levantar la vista.

—Tres horas. ¿Usted?

—Define dormir.

Crespo se sentó frente a él. Treinta y dos años, oriundo de Zaragoza, llevaba cuatro años en Homicidios y aún conservaba esa mezcla de entusiasmo y horror que se gastaba con el tiempo. Oriol lo

apreciaba. Le recordaba a sí mismo antes de Marina Vega. Antes de que el trabajo se lo comiera todo.

—He estado investigando a Marcos Sendino. —Crespo abrió su portátil—. El tío es una estrella. Dos millones de oyentes mensuales. Sponsor de marcas importantes. Gira de eventos en directo por toda España. Ha publicado dos libros recopilando casos del podcast. Bestsellers los dos.

—¿Cuánto gana?

—Con publicidad, patrocinios, merchandising... calculo entre trescientos y quinientos mil euros anuales. Quizá más.

Oriol silbó bajito. Medio millón de euros contando historias de gente muerta. La explotación perfecta. Convierte el dolor ajeno en contenido, empaquétalo con buena producción, y vende anuncios de colchones entre descripción y descripción de cómo un psicópata despedazó a una familia.

—¿Antecedentes?

—Limpio. Marcos Sendino Garrido, treinta y ocho años, nacido en Oviedo. Licenciado en Periodismo por la Complutense. Trabajó diez años en *El Mundo*, sección de sucesos. Despedido en 2019 durante el ERE. Empezó el podcast un año después, durante el confinamiento. Explotó viral en 2021. Desde entonces es su ocupación a tiempo completo.

—¿Familia?

—Soltero, sin hijos. Vive solo en un ático de Malasaña. Comprado hace dos años. Ochocientos mil euros. Pagado al contado.

El dinero del true crime. Oriol sintió asco y fascinación a partes iguales. Sendino había encontrado el filón. La gente adoraba el morbo. Se dormían cada noche escuchando cómo otros morían. Era el coliseo romano con AirPods.

—¿Equipo?

—Pequeño. Laura Ibáñez, la productora. Treinta y dos años, ex directora de contenidos en una radio digital. Es quien gestiona el negocio. Y Damián Cortés, veintinueve, montador de sonido e investigador. Friki del true crime. Tiene un blog personal donde analiza casos. Los tres trabajan desde un estudio que alquilan en Chueca.

—Quiero verlos. Hoy. Pero primero necesito terminar de escuchar esto. —Oriol señaló los auriculares—. Hay algo en la forma en que Sendino cuenta el caso. Tiene acceso a información que no debería tener.

—¿Como qué?

—Como las fotos de las escenas. En el episodio menciona detalles: la posición exacta de los cuerpos, el tipo de bridas usadas en dos de los casos, el hecho de que el asesino dejaba las ventanas abiertas después de matar. Esos datos nunca se filtraron a la prensa.

Crespo frunció el ceño.

—¿Crees que tuvo acceso a los archivos policiales?

—O que alguien se los dio. —Oriol cerró la libreta—. Investiga quién trabajó en el caso del Estrangulador en el 98. Me interesan especialmente los que sigan vivos y en activo. Y los jubilados. Cualquiera que pudiera haberle pasado información a Sendino.

—Eso es acusar a compañeros de filtrar.

—No acuso. Investigo.

La diferencia era importante. Oriol había aprendido hacía años que la lealtad corporativa no valía nada cuando había un cadáver de por medio. Policías también cometían errores. O crímenes. O simplemente vendían información al mejor postor. En una era donde

los podcasts generaban millones, ¿cuánto pagaría alguien como Sendino por acceso exclusivo a archivos cerrados?

Se levantó y caminó hacia la pizarra blanca que ocupaba toda una pared. Con un rotulador negro escribió:

CRISTINA CAMPOS - 2024
Conexión: Episodio 47 - Estrangulador de Chamberí (1998)

Debajo trazó una línea y escribió:

¿Por qué este caso?
¿Por qué ahora?
¿Por qué dejar la nota?

—El asesino quiere que sepamos que está imitando el podcast. —Crespo se había acercado, café en mano—. Es parte del juego.

—O es un mensaje. —Oriol dio un paso atrás, observando las palabras—. Quizá no para nosotros. Quizá para Sendino.

Eso cambiaba todo. Si el asesino estaba enviando un mensaje al presentador del podcast, entonces Sendino era o bien el objetivo final, o bien alguien que sabía algo. Algo que había mencionado en el episodio sin darse cuenta. Una pista. Un nombre. Una conexión.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez era la subinspectora Lucía Tamayo, especialista en perfiles criminales. Cuarenta años, pelo corto negro, expresión perpetuamente seria. Llevaba una tableta bajo el brazo.

—He revisado el informe preliminar de la forense. —Se sentó sin saludar. Lucía era así. Cero protocolo social cuando había trabajo—. Cristina Campos murió entre las once de la noche y la una de la madrugada. Estrangulamiento manual. El asesino usó las manos, no un objeto. Fuerza considerable. Varón, probablemente. Las bridas de las muñecas fueron puestas post-mortem o mientras ella agonizaba. No hay signos de que luchara contra ellas.

—¿Violación?

—No. Ni siquiera sexo consensuado reciente. Limpia en ese sentido.

Igual que en 1998. El Estrangulador no violaba. Solo mataba.

—¿Y las copas de vino? —preguntó Oriol.

—Una tiene las huellas de la víctima. La otra... limpia. Literalmente limpia. Alguien la lavó después de usarla y la volvió a poner en la mesa.

Oriol sintió un escalofrío. Ese era el detalle que lo cambiaba todo. El asesino se había quedado después de matar. Había limpiado su copa. Con calma. Sin prisa. Como si estuviera cerrando la escena de una obra de teatro.

—Control absoluto. —Lucía dejó la tableta sobre la mesa—. Este no es su primer asesinato. Nadie mata con esa limpieza en el debut. O tiene experiencia previa, o ha estado planeando esto durante mucho tiempo.

—¿Perfil?

—Varón, treinta y cinco a cincuenta años. Meticuloso, organizado, inteligente. Probablemente sin antecedentes violentos previos, o al menos nada que lo haya puesto en nuestro radar. Conoce el sistema. Sabe cómo evitar errores. —Hizo una pausa—. Y está obsesionado con el caso original. No es solo imitación. Es recreación perfecta.

Oriol asintió lentamente. Todo encajaba con su intuición.

—Necesito el listado completo de personas entrevistadas para ese episodio del podcast. Sendino tuvo que hablar con gente. Policías, familiares de víctimas, periodistas de la época. Cualquiera de ellos pudo darle ideas. O cualquiera de ellos pudo decidir continuar el trabajo del Estrangulador original.

—¿Y si el Estrangulador original no murió? —La voz de Crespo sonó más baja de lo habitual—. ¿Y si simplemente estuvo esperando? Veinticinco años es mucho tiempo, pero...

—Tendría al menos sesenta años ahora. —Lucía negó con la cabeza —. Posible, pero improbable. La fuerza necesaria para estrangular a alguien manualmente... No es trabajo de un anciano.

—A menos que se mantuviera en forma. —Oriol se giró hacia ellos—. O a menos que tengamos un copycat. Alguien que escuchó el podcast y decidió terminar lo que el original empezó.

La palabra quedó flotando en el aire. *Copycat*. Imitador. El peor tipo de asesino porque no tenía motivación propia. Solo el deseo de replicar. De ser otro. De borrarse a sí mismo tras la máscara de un monstruo anterior.

El móvil de Oriol vibró. Número desconocido. Dudó un segundo antes de responder.

—¿Inspector Oriol? —Voz masculina, juvenil, nerviosa—. Soy Damián Cortés. Del podcast Crímenes Olvidados. Marcos me ha dicho que querían hablar con nosotros.

Oriol hizo un gesto a los demás para que guardaran silencio.

—Así es. Necesitamos que vengan a comisaría. Esta mañana si es posible.

—Es que... —La voz titubeó—. Hemos recibido algo. Un paquete. Esta mañana. En el estudio. Y creo que debería verlo.

—¿Qué clase de paquete?

—Un sobre. Sin remitente. Dentro hay... —Pausa—. Hay una foto. De Cristina Campos. Muerta. En su cama. Y una nota que dice: *"Gracias por la inspiración. Episodio 23 será el siguiente"*.

El mundo se detuvo un segundo.

Episodio 23. Oriol buscó en su portátil. *La Muerte del Coleccionista*. Un caso de 2003. Un hombre asesinado en su casa, rodeado de su colección de arte.

El asesino ya estaba planeando el siguiente.

—No toquen nada más. —Oriol ya se estaba levantando, haciendo gestos a Crespo y Lucía—. ¿Dónde están exactamente?

—Calle Pelayo, número dieciocho. Tercer piso. Estudio B.

—Vamos para allá. Quince minutos. Y señor Cortés... —Oriol se puso el abrigo—. No hablen con nadie de esto. Ni redes sociales, ni amigos, ni familia. ¿Entendido?

—Entendido.

Colgó. Los tres se miraron. El caso acababa de complicarse exponencialmente. El asesino no solo estaba imitando el podcast. Estaba comunicándose directamente con su creador.

Y había anunciado su próximo movimiento.

—Vamos. —Oriol ya estaba en la puerta—. Y llama a la Científica. Quiero ese sobre procesado antes del mediodía.

Bajaron las escaleras a toda prisa. Afuera, Madrid vibraba con su rutina habitual. Gente camino al trabajo, tráfico denso, el metro escupiendo pasajeros. Todos ajenos a que en algún lugar de esta ciudad, alguien ya había elegido a su próxima víctima.

Alguien que escuchaba podcasts y tomaba notas.

Y mientras Oriol subía al coche, con Crespo al volante y las sirenas ya aullando, una imagen cruzó su mente. La misma que lo visitaba cada noche desde hacía quince años.

Marina Vega. Sonriendo en una fotografía. Desaparecida. Sin cuerpo. Sin respuestas. Su caso nunca había salido en ningún podcast. Era

demasiado doloroso, demasiado cercano. Pero ahora, con este nuevo asesino suelto, Oriol no podía evitar preguntarse:

¿Y si todo estaba conectado?

¿Y si Marina nunca se había ido del todo?

Apretó los dientes y miró por la ventanilla. Madrid pasaba veloz, difuminado por la velocidad. Chueca estaba a diez minutos. Diez minutos para llegar al estudio donde Marcos Sendino convertía la tragedia en entretenimiento.

Y donde alguien acababa de convertirlo en cómplice involuntario de asesinato.

CAPÍTULO 3

El estudio de Crímenes Olvidados ocupaba un espacio de sesenta metros cuadrados en el tercer piso de un edificio rehabilitado de Chueca. Oriol subió las escaleras de dos en dos, seguido por Crespo y Lucía Tamayo. El portal olía a café de la cafetería de la planta baja y a barniz recién aplicado. Gentrificación en su máxima expresión: donde antes había talleres de costura y pensiones baratas, ahora había agencias de marketing digital y estudios de podcast.

La puerta del Estudio B estaba entreabierta. Oriol la empujó sin llamar.

La primera impresión fue de orden obsesivo. Todo en el espacio gritaba control: paredes insonorizadas con espuma acústica negra, mesa de mezclas profesional con tres pantallas, biblioteca repleta de libros sobre criminología, estanterías con archivadores etiquetados por años, pósters enmarcados de portadas de revistas de sucesos. En una esquina, un sofá de cuero marrón y una mesita de café con varias tazas sucias. El olor a tabaco flotaba en el aire pese a que no había ceniceros visibles.

Tres personas esperaban de pie junto a la mesa de mezclas.

Marcos Sendino era más bajo de lo que Oriol había imaginado. Un metro setenta y cinco, complexión delgada, pelo castaño largo recogido en un moño. Treinta y ocho años que aparentaba treinta. Barba de tres días perfectamente recortada, gafas de pasta negra, vaqueros oscuros y sudadera gris con el logo del podcast: un micrófono vintage con gotas rojas. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la mandíbula tensa. Sus ojos grises estudiaron a Oriol con una mezcla de cautela y curiosidad.

La mujer a su lado era Laura Ibáñez. Pelo rubio platino cortado en bob asimétrico, treinta y tantos, traje pantalón negro impecable, tacones bajos. Sujetaba un iPad contra el pecho como un escudo. Su expresión era la de alguien calculando riesgos legales y financieros a la velocidad de la luz.

El tercero era Damián Cortés. Veintipocos, delgado hasta la fragilidad, pelo negro desgreñado, camiseta de Iron Maiden, piercings en ambas orejas. Parecía no haber dormido en días. Tenía las uñas mordidas hasta la carne y no paraba de juguetear con un boli.

—Inspector Oriol. —Sendino dio un paso adelante, sin ofrecer la mano—. Gracias por venir tan rápido.

La voz. Esa misma voz que Oriol había escuchado durante horas. Grave, modulada, perfectamente controlada incluso en una situación como esta. Era desconcertante oírla en persona, sin la capa de edición y música dramática.

—¿Dónde está el sobre? —Oriol fue directo al grano. No tenía tiempo para formalidades.

Damián señaló la mesa de mezclas. Allí, sobre un paño negro, había un sobre manila de tamaño A4. Sin remitente. Sin sello. Entregado en mano, entonces, o dejado directamente en el buzón del edificio.

Oriol se acercó sin tocar nada. Sacó unos guantes y con cuidado levantó el sobre por las esquinas. Ya lo habían abierto, obviamente. La solapa rasgada de forma irregular.

—¿Quién lo ha tocado?

—Yo. —Damián levantó la mano como un escolar confeso—. Llegó esta mañana con el correo normal. Pensé que era material de algún oyente. A veces nos mandan cartas, fotos, documentos sobre casos...

—¿Y no pensaste en llamar antes de abrirlo?

—No sabíamos lo que había dentro hasta que lo abrimos. —Laura habló por primera vez. Voz firme, profesional—. Cuando vimos el contenido, llamamos inmediatamente.

Oriol extrajo el contenido con cuidado. Dos elementos. Una fotografía impresa en papel fotográfico de calidad profesional. Y una nota escrita a ordenador en papel blanco común.

La foto mostraba a Cristina Campos exactamente como Oriol la había visto esa mañana. Desnuda, atada a la cama, ojos abiertos, marcas en el cuello. El ángulo era cenital, tomado desde arriba. Profesional. Nítida. El asesino se había tomado su tiempo para documentar su obra.

La nota era aún más perturbadora:

«Querido Marcos,

Gracias por mantener viva la llama. Gracias por recordarles quiénes fueron los olvidados. Has hecho un trabajo magnífico con el Episodio 47. Cada detalle, cada teoría, cada nombre. Me has dado las herramientas para continuar lo que otros abandonaron.

Cristina Campos fue la primera. Una abogada que defendía a empresarios corruptos. Una mujer que vivía del sufrimiento ajeno, igual que tú. Justicia poética, ¿no crees?

El Episodio 23 será el siguiente. "La Muerte del Coleccionista" (2003). Ya he elegido al candidato. Un hombre que colecciona cosas que no le pertenecen. Como tú coleccionas historias de dolor.

Seguimos en contacto.

Un fan.»

El silencio en el estudio era denso como cemento.

—Mierda. —Crespo exhaló despacio—. Esto es...

—¿Cuándo ha llegado exactamente? —Oriol miró a Damián.

—El correo se reparte sobre las ocho y media. Yo he llegado a las nueve. Estaba en el buzón del portal con el resto. Facturas, propaganda...

—¿Tienen cámaras en el edificio?

—Solo en la entrada principal. —Laura consultó algo en su iPad—. Puedo pedir las grabaciones al administrador.

—Hágalo. Quiero ver quién entregó esto. —Oriol volvió a meter cuidadosamente la foto y la nota en el sobre—. Esto va directo a la Científica. Huellas, ADN, lo que sea. Señor Cortés, necesitaré sus huellas para descarte.

—Claro. Lo que necesiten.

Oriol se giró hacia Sendino, que no había dicho nada desde el saludo inicial. El presentador se había sentado en el sofá, los codos apoyados en las rodillas, la mirada fija en el suelo. Por primera vez parecía vulnerable. Humano.

—¿Alguna idea de quién puede ser? —preguntó Oriol.

Sendino levantó la vista. Detrás de las gafas, sus ojos mostraban algo parecido al miedo.

—Tenemos dos millones de oyentes. Miles de emails al mes. Gente que nos manda material, teorías, confesiones. La mayoría son chiflados inofensivos. Pero... —Hizo una pausa—. Algunos dan miedo. Gente obsesionada. Gente que fantasea con los asesinos. Que los idolatra.

—¿Han recibido amenazas antes?

—Un par de veces. —Laura tomó la palabra—. Familiares de víctimas que no quieren que hablemos de sus casos. Algún loco que dice ser el asesino real. Nada que pareciera serio. Siempre lo reportamos si cruza la línea.

—¿Y ahora?

—Ahora es diferente. —Sendino se levantó y caminó hacia la ventana—. Este tío ha matado de verdad. Ha recreado el Episodio 47 con precisión quirúrgica. Y dice que va a por el 23.

Oriol sacó su libreta.

—Háble me del Episodio 23. Todo lo que recuerde.

Sendino se giró. Cuando hablaba de sus episodios, algo cambiaba en él. Se encendía. Como un actor entrando en personaje.

—*La Muerte del Coleccionista*. Mayo de 2003. Barcelona. Roberto Maldonado, cincuenta y dos años, dueño de una galería de arte. Lo encontraron muerto en su casa del Eixample. Apuñalado veintisiete veces. El apartamento estaba lleno de arte robado. Piezas de colecciones privadas, museos... El tipo era un ladrón de alta gama. La policía teorizó que fue un ajuste de cuentas. Alguien a quien le robó. O un socio traicionado.

—¿Se resolvió?

—Nunca. Ni siquiera hubo sospechosos claros. El caso se cerró sin cargos.

—¿Por qué ese episodio? —intervino Lucía Tamayo, que hasta ahora había permanecido en silencio, observando—. ¿Qué conexión tiene con el Estrangulador de Chamberí?

Sendino pareció desconcertado por la pregunta.

—Ninguna. Son casos completamente diferentes. Distintos años, distintas ciudades, distintos modus operandi. Por eso es inquietante.

No hay patrón lógico. A menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que el asesino esté eligiendo episodios al azar. O episodios que significan algo para él específicamente. Casos sin resolver que cree que merecen... no sé... ¿continuidad? ¿Cierre?

Oriol anotó eso. Era importante. El asesino no estaba recreando los crímenes por el método. Los elegía por el concepto. *Crímenes Olvidados*. Casos que la justicia había abandonado. Y ahora alguien los estaba resucitando, uno por uno.

—Necesito copias de todos sus episodios. Transcripciones, notas de producción, entrevistas completas sin editar. Todo. —Oriol miró directamente a Sendino—. Y necesito una lista de todas las personas con las que habló para preparar el Episodio 47 y el 23.

—Eso es... —Laura empezó a protestar—. Es material confidencial. Fuentes protegidas...

—Es una investigación de asesinato. —La voz de Oriol no dejaba espacio para negociación—. Pueden colaborar voluntariamente o puedo conseguir una orden judicial. Su elección.

Laura y Sendino intercambiaron una mirada. Fue ella quien asintió primero.

—Les daremos acceso completo. Pero necesitamos garantías de que nuestras fuentes no serán expuestas públicamente. Algunos de los informantes... son policías en activo. Familiares que confían en nosotros. Si se filtra que cooperamos...

—No me interesan sus fuentes. Me interesa el asesino. —Oriol se acercó a Sendino—. Y necesito que entienda algo: voluntariamente o no, su podcast se ha convertido en un manual de instrucciones para un homicida. Eso lo convierte en parte de esta investigación. A partir de ahora, cada episodio que publiquen será revisado antes de salir al

aire. Y si tengo que cerrar temporalmente su operación por seguridad pública, lo haré.

Sendino palideció.

—No puede hacer eso. Tenemos contratos, patrocinadores, obligaciones...

—Puedo. Y lo haré si es necesario. —Oriol no parpadeó—. Dos millones de oyentes. ¿Cuántos cree que son potenciales copycats? ¿Cuántos están escuchando ahora mismo, tomando notas, eligiendo su víctima?

El silencio era asfixiante.

Damián fue quien lo rompió, con voz temblorosa:

—Yo... yo tengo algo más. No sé si es relevante.

Todos se giraron hacia él.

—Hace dos meses, después de que publicáramos el Episodio 47, recibimos un email. De alguien que firmaba como "Heredero". Decía que el Estrangulador de Chamberí había sido su padre. Que había muerto en 2010. Y que él quería continuar su legado.

—¿Y no reportaron eso? —Crespo sonó incrédulo.

—Recibimos docenas de emails así cada semana. —Damián se encogió de hombros—. Gente que dice ser pariente de asesinos, gente que confiesa crímenes falsos... Pensamos que era otro chiflado. Le respondimos pidiéndole pruebas. Nunca contestó.

—Quiero ese email. Ahora. —Oriol sentía la adrenalina bombeando —. ¿Lo tienen guardado?

—Todo está archivado. —Damián corrió hacia el ordenador—. Déjeme buscarlo...

Mientras tecleaba, Oriol observó a Sendino. El presentador se había quedado inmóvil junto a la ventana, mirando hacia la calle. ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Culpa? ¿Miedo? ¿O acaso parte de él estaba emocionado? El verdadero periodista de sucesos nunca dejaba de serlo. Y esto era la historia definitiva: su propio podcast convertido en arma homicida.

—Aquí. —Damián giró la pantalla—. Recibido el 10 de septiembre. Remitente: heredero1998@protonmail.com.

Oriol leyó el email:

«Marcos,

He escuchado tu episodio sobre mi padre. El Estrangulador de Chamberí. Has hecho un trabajo impecable. Casi puedo oír su voz entre líneas.

Murió en 2010. Cáncer. Pero antes me contó cosas. Me enseñó cosas. Y creo que es hora de que alguien termine lo que él empezó.

No te preocupes. No te pasará nada. Eres parte de esto ahora. Mi cómplice involuntario.

Seguimos en contacto.

Heredero.»

—Hijo de puta. —Crespo golpeó la mesa—. Lo tenía todo planeado desde septiembre.

—O es otro loco haciéndose el interesante. —Laura no parecía convencida—. No hay nada en ese email que lo conecte con el asesinato de anoche.

Pero Oriol sabía que estaba equivocada. La firma. *Heredero*. Y ahora *Un fan*. El asesino cambiaba de identidad, jugaba con ellos. Pero el tono era el mismo. La arrogancia. La intimidad forzada con Sendino.

—Subinspectora Tamayo, quiero un rastreo completo de ese correo. —Oriol sabía que ProtonMail era difícil de rastrear, pero había que intentarlo—. Y señor Cortés, necesito acceso completo a su correo del podcast. Todos los emails de los últimos seis meses. Buscaremos patrones, amenazas, cualquier cosa que pueda llevar a este tipo.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Sendino—. ¿Seguimos grabando? Tenemos un episodio programado para pasado mañana.

Oriol lo pensó. Cerrar el podcast alertaría al asesino. Pero dejarlo continuar...

—Graban. Pero con supervisión. Y nada sobre estos casos. Nada que pueda darle más ideas. ¿Entendido?

Sendino asintió despacio.

—Una pregunta más. —Oriol se acercó a él—. ¿Tiene alguna idea de quién pudo ser el Estrangulador original? Fuera de lo que contó en el episodio. Alguna corazonada. Algo que no dijera en el podcast.

Sendino lo miró fijamente. Por un momento pareció debatir internamente. Finalmente habló:

—Sí. Hay una teoría. No la incluí porque no tenía pruebas sólidas. Pero uno de los investigadores originales, ya jubilado, me dijo que siempre sospecharon de alguien dentro del cuerpo. Un policía. Alguien que conocía los protocolos, que sabía cómo evitar dejar pruebas. Que tenía acceso a los edificios porque las víctimas le abrían confiadas.

El estómago de Oriol se contrajo.

—¿Nombre?

—No quiso dármelo. Dijo que era solo una intuición. Que nunca tuvieron nada concreto. Pero insistió en que el Estrangulador tenía

que ser alguien con placa. Alguien que podía tocar a la puerta y que las mujeres le abrían sin dudar.

Un policía.

Un asesino con placa.

Y ahora, quizá, su hijo continuando el legado.

Oriol sintió algo frío recorrerle la espalda. No podía ser casualidad que ese detalle, esa teoría que Sendino había omitido del podcast, encajara tan perfectamente con la idea del "Heredero". ¿Hijo de un policía asesino? Eso explicaría muchas cosas. El conocimiento del sistema. La habilidad para evitar errores. El acceso a información policial.

—¿Quién era ese investigador jubilado?

—Comisario Esteban Ruiz. Retirado desde 2015. Vive en Segovia. Le entrevisté en su casa. Grabé cuatro horas. Solo usé quince minutos en el episodio.

—Quiero esa grabación completa. Hoy.

—La tienen. Les daré acceso a todo.

Oriol se dirigió hacia la puerta. Crespo y Lucía lo siguieron. En el umbral, se giró una última vez.

—Una cosa más, señor Sendino. Si recibe cualquier comunicación de este individuo, me llama inmediatamente. Día o noche. No importa la hora. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y señor Cortés... —Oriol miró al joven investigador—. La próxima vez que reciba un email de alguien confesando ser pariente de un asesino en serie, llame a la policía. Antes de que alguien muera.

Damián asintió, pálido.

Bajaron las escaleras en silencio. Una vez en la calle, Crespo encendió un cigarrillo sin preguntar si Oriol quería uno. Le pasó el paquete. Oriol aceptó. Fumaron apoyados contra el coche, viendo pasar a la gente de Chueca. Turistas, oficinistas, repartidores. Madrid seguía su ritmo.

—Un policía. —Crespo expulsó humo—. ¿Te lo crees?

—No sé qué creer todavía. Pero vamos a investigar a todos los agentes que trabajaron en la zona de Chamberí en 1998. Activos, jubilados, muertos. Todos.

—Eso es... —Crespo hizo un cálculo mental—. Cientos de nombres.

—Entonces más vale que empecemos ya.

Lucía había permanecido callada, escribiendo en su tableta. Ahora levantó la vista.

—El perfil cambia con esta información. Si el asesino es hijo de un policía, creció en ese ambiente. Conoce el sistema desde dentro. Probablemente tiene acceso a bases de datos, archivos. Puede que trabaje en seguridad privada, en justicia, o incluso en el cuerpo. Y lo más perturbador: si su padre era el Estrangulador original, lo crió con esos valores. La violencia como herramienta. El asesinato como legado familiar.

—¿Qué edad tendría ahora?

—Si el padre mató en 1998 y tenía entre treinta y cincuenta años entonces... —Lucía calculó—. El hijo podría tener entre veinticinco y cuarenta ahora. Encaja con el perfil físico. Fuerza suficiente. Madurez mental.

Oriol tiró el cigarrillo medio fumado.

—Volvemos a comisaría. Crespo, quiero el listado de policías de 1998. Lucía, consígueme todo sobre el comisario Esteban Ruiz. Y llama a Segovia. Vamos a visitarlo mañana.

—¿Y el segundo asesinato? —preguntó Crespo—. Si va a por el Episodio 23...

—Ya está eligiendo a su víctima. —Oriol abrió la puerta del coche—. Un coleccionista. Alguien que colecciona cosas que no le pertenecen. Eso nos da un perfil. Tenemos que pensar como él. ¿A quién elegiría? ¿Qué Roberto Maldonado de 2024 está en su punto de mira?

Subieron al coche. El tráfico era denso. Mientras Crespo conducía, Oriol miraba su móvil. Había buscado el Episodio 23 en Spotify. Cincuenta y ocho minutos. Lo puso a reproducir con auriculares.

La voz de Marcos Sendino llenó sus oídos:

«Buenas noches, soy Marcos Sendino, y esto es Crímenes Olvidados. Esta noche viajamos a Barcelona, al año 2003, para hablar de un hombre que coleccionaba belleza robada y encontró su propia muerte rodeado de obras maestras que nunca le pertenecieron...»

Oriol cerró los ojos. Tenía que meterse en la cabeza del asesino. Pensar como él. Sentir lo que él sentía.

Un heredero. Un fan. Un continuador.

Y en algún lugar de Madrid, ahora mismo, ese hombre estaba escuchando el mismo episodio. Repasando detalles. Eligiendo cuchillos. Planeando veintisiete puñaladas.

El coche avanzaba despacio. Oriol abrió los ojos y miró por la ventanilla. Y por un segundo, solo un segundo, creyó ver el rostro de Marina Vega reflejado en el cristal. Sonriendo. Desapareciendo.

Apretó los puños.

Dos casos. Dos asesinos. Quince años de diferencia.

¿Y si todo estaba conectado de formas que aún no alcanzaba a ver?

CAPÍTULO 4

La sala de archivo de la Jefatura Superior de Policía de Madrid olía a papel viejo y desinfectante barato. Oriol llevaba tres horas sumergido en cajas de cartón etiquetadas con el año 1998, rodeado de expedientes amarillentos, fotografías descoloridas y declaraciones mecanografiadas en papel cebolla. Crespo trabajaba en silencio a su lado, tomando fotos con el móvil de cada documento relevante.

Eran las cinco de la tarde. La luz de noviembre se filtraba débil por las ventanas altas del sótano. Oriol sentía el peso del día en los hombros: pocas horas de sueño, demasiado café, y la presión constante de saber que en algún lugar alguien estaba planeando el siguiente asesinato.

—Aquí está. —Crespo levantó una carpeta gruesa—. Listado completo de agentes de la Comisaría de Chamberí durante 1998. Noventa y tres nombres.

Oriol dejó lo que estaba leyendo y se acercó. La lista estaba organizada por rangos: comisario, inspectores, subinspectores, agentes. Nombres, fechas de nacimiento, números de placa. Algunos tenían anotaciones a mano en los márgenes. Uno de ellos llamó su atención inmediatamente.

Inspector Julián Sanz Mendoza. Placa 2847. DOB: 15/03/1965. Activo 1990-2012. FALLECIDO 2012.

La palabra "fallecido" estaba subrayada dos veces en rojo. Y al margen, con letra pequeña y nerviosa, alguien había escrito: *"Ver expediente disciplinario. Caso cerrado por muerte del investigado."*

—¿Qué expediente disciplinario? —Oriol buscó en la caja. Nada—. Tiene que estar en otro archivo.

—Lo pido. —Crespo ya estaba marcando el número de administración—. Pero si cerró por muerte... puede que esté sellado.

—Pues lo desellamos.

Oriol volvió a la lista. Noventa y tres nombres. De ellos, dieciocho habían muerto. Cuarenta y dos estaban jubilados. El resto seguían en activo o habían dejado el cuerpo por otras razones. Tenían que investigarlos a todos, pero empezar por los que trabajaban directamente en el área durante los meses de los asesinatos.

Sacó su libreta y empezó a anotar:

Posibles sospechosos (según teoría del investigador):

- Julián Sanz Mendoza (fallecido 2012, expediente disciplinario)
- ¿Quién más tuvo acceso a las escenas?
- ¿Quién conocía los detalles que nunca se filtraron?

Su móvil vibró. Mensaje de Lucía Tamayo:

"Esteban Ruiz, comisario jubilado, accede a reunirse mañana a las 10h. Su domicilio en Segovia. Confirma que tiene información que no compartió oficialmente."

Bien. Al menos algo avanzaba. Oriol respondió confirmando y siguió revisando documentos. Declaraciones de vecinos, informes forenses, fotografías de las escenas del crimen. Cuatro mujeres estranguladas en dos meses. Y luego nada. El asesino se desvaneció como humo.

¿Por qué?

En su experiencia, los asesinos en serie no se detenían voluntariamente. O morían, o los atrapaban, o evolucionaban hacia algo más peligroso. Pero desaparecer así, limpiamente...

La única explicación lógica era que algo lo había obligado a parar. Una enfermedad. Un cambio de vida. O el miedo a ser descubierto.

—Jefe, mira esto. —Crespo le pasó una carpeta diferente—. Informe interno de Asuntos Internos. Investigación sobre filtraciones a la prensa durante el caso del Estrangulador.

Oriol leyó rápido. En octubre de 1998, varios periódicos publicaron detalles confidenciales de la investigación: el tipo de bridas utilizadas, la ausencia de violencia sexual, el hecho de que el asesino dejaba las ventanas abiertas. Información que solo conocían los investigadores. Asuntos Internos abrió una investigación para identificar la fuente, pero se cerró sin conclusiones. *"Imposible determinar el origen de la filtración. Múltiples agentes tuvieron acceso a la información."*

—Alguien filtró. —Oriol sintió un escalofrío—. ¿Y si no fue un error? ¿Y si el propio asesino filtró los datos desde dentro?

—Para confundir la investigación. Crear ruido mediático. Desviar la atención. —Crespo asentía—. Es brillante, en cierto modo retorcido.

—O para alimentar su ego. Los asesinos en serie quieren ser conocidos. Quieren que su obra sea admirada. Si este tipo era policía y estaba frustrado porque nadie lo atrapaba, ¿qué mejor forma de ganar notoriedad que filtrar sus propios detalles?

Oriol tomó nota de esto también. Estaba construyendo un perfil en su mente: policía, trabajando en Chamberí en 1998, con acceso a las escenas, posiblemente con expediente disciplinario, filtrador de información. Y muerto en 2012.

Julián Sanz encajaba. Necesitaba más información sobre él.

—Crespo, busca todo sobre Julián Sanz. Familia, dirección, causa de muerte. Y averigua si tuvo hijos. Especialmente hijos varones nacidos entre 1984 y 1999.

—¿Crees que el "Heredero" es su hijo?

—No creo nada todavía. Pero es una línea que hay que seguir.

Su móvil volvió a vibrar. Esta vez era una llamada. Número desconocido. Oriol dudó, pero respondió.

—¿Inspector Oriol?

La voz era masculina, mayor, cansada.

—Sí. ¿Quién es?

—Esteban Ruiz. Sé que teníamos cita mañana, pero necesito hablar con usted antes. Esta tarde si es posible. Es sobre el caso del Estrangulador. He recordado algo importante.

Oriol miró el reloj. Las 17:23.

—¿Puede venir a Madrid?

—No. —Una pausa—. Prefiero hablar aquí, en mi casa. Lejos de oídos oficiales. ¿Puede estar en Segovia a las ocho?

Dos horas y media de viaje. Llegaría de noche. Pero si Ruiz tenía información crítica...

—Estaré allí. Envíeme la dirección.

Colgó. Crespo lo miraba interrogante.

—Cambio de planes. Nos vamos a Segovia. Ahora.

[TRANSCRIPCIÓN - PODCAST CRÍMENES OLVIDADOS]
Episodio 23: La Muerte del Coleccionista
Publicado: 15 de abril de 2024
Duración: 58:34

[Música de introducción: piano melancólico sobre sonido de pasos en madera]

MARCOS SENDINO: Buenas noches, soy Marcos Sendino, y esto es Crímenes Olvidados. Esta noche viajamos a Barcelona, al año 2003, para hablar de un hombre que dedicó su vida a coleccionar belleza robada y encontró su propia muerte rodeado de obras maestras que nunca le pertenecieron.

[Pausa dramática]

Su nombre era Roberto Maldonado. Cincuenta y dos años. Para el mundo exterior, un respetable dueño de galería en el barrio del Eixample. Pero para un círculo muy reducido, era algo más: un ladrón de arte de élite. Un hombre capaz de hacer desaparecer un Miró de una colección privada o un Dalí de un museo regional, y venderlo en el mercado negro por millones.

[Sonido de ambiente: música clásica de fondo]

La noche del 12 de mayo de 2003, alguien entró en su apartamento del Paseo de Gracia. Y cuando la asistenta encontró el cuerpo tres días después, la escena era de una violencia casi artística. Roberto Maldonado yacía en su salón, rodeado de sus obras favoritas. Había sido apuñalado veintisiete veces. Veintisiete. Un número que no es casual.

[Pausa]

Porque en su colección privada, aquella que mantenía oculta en un sótano climatizado, había exactamente veintisiete piezas robadas. ¿Coincidencia? La policía nunca lo creyó.

Oriol detuvo la reproducción. Veintisiete puñaladas. Veintisiete obras robadas. El asesino del 2003 había dejado un mensaje. Y ahora, veintiún años después, alguien iba a repetirlo.

Conducía hacia Segovia mientras oscurecía. Crespo iba de copiloto, revisando información en su portátil. Habían salido de Madrid a las seis, dejando atrás el tráfico denso de la M-30. La autopista se extendía recta y oscura, flanqueada por campos secos de noviembre.

—He encontrado el certificado de defunción de Julián Sanz. —Crespo leía de la pantalla—. Murió el 8 de marzo de 2012. Suicidio. Se pegó un tiro en su casa de Torrelodones.

Oriol apretó el volante. Suicidio. ¿Culpa? ¿O acaso alguien lo hizo parecer suicidio?

—¿Familia?

—Casado con Teresa Ordóñez desde 1988. Dos hijos: Adrián Sanz Ordóñez, nacido en 1989, y Lucas Sanz Ordóñez, nacido en 1992. —Crespo levantó la vista—. Los dos estarían ahora en treinta y tantos. La edad perfecta.

—¿Dónde están?

—Adrián trabaja como abogado en un bufete de Madrid. Vive en Las Rozas. Lucas... —Crespo frunció el ceño—. Lucas es más complicado. Tiene antecedentes. Arrestado en 2011 por robo con violencia. Cumplió dieciocho meses. Salió en 2013. Desde entonces... nada. Sin dirección fija registrada. Sin trabajo oficial. Es como si se hubiera desvanecido.

Lucas Sanz. Un hijo de policía muerto, con antecedentes violentos, desaparecido del sistema. Treinta y dos años. Fuerza física. Conocimiento del entorno policial desde la infancia.

—¿Foto?

Crespo giró el portátil. La fotografía era de la ficha policial de 2011. Un hombre joven, apenas veintidós años entonces, pelo oscuro corto, mandíbula cuadrada, ojos claros. Expresión de rabia

contenida. No sonreía. Había algo perturbador en esa mirada. Como si estuviera evaluando cuánto daño podía hacer.

—Encaja. —Oriol memorizó el rostro—. Averigua todo sobre él. Amigos, parejas, lugares frecuentados. Y pon su foto en circulación interna. Sin alarmas públicas todavía. No quiero asustarlo.

—¿Y el hermano? ¿Adrián?

—También. Pero Lucas es el candidato principal.

Llegaron a Segovia cuando el reloj marcaba las 20:17. La ciudad se recortaba contra un cielo violeta oscuro, las murallas iluminadas, el acueducto majestuoso como siempre. Oriol había estado allí solo dos veces en su vida. Una en un viaje escolar cuando tenía dieciséis años. La otra con Elena, en uno de sus últimos intentos por salvar el matrimonio. Había sido un desastre. Él no paraba de revisar el móvil, obsesionado con el caso Vega. Ella lloró en el hotel. Una semana después pidió el divorcio.

La casa de Esteban Ruiz estaba en las afueras, una zona residencial tranquila de chalets adosados. Aparcaron frente al número indicado. Las luces estaban encendidas en el interior. Oriol llamó al timbre.

Esperaron. Nada.

Volvió a llamar. El silencio era denso.

—¿Inspector Ruiz? —Oriol elevó la voz—. Soy el inspector Oriol. Hemos quedado a las ocho.

Nada.

Crespo rodeó la casa, mirando por las ventanas. Volvió con expresión tensa.

—Hay luz en el salón. Y creo ver alguien en el sofá. No se mueve.

Oriol sintió el estómago contraerse. Sacó su arma reglamentaria. Crespo hizo lo mismo. Probó el pomo de la puerta. Cerrada. Pero la ventana lateral estaba entreabierta. La empujó. Se abrió con un chirrido.

—Policía. Vamos a entrar.

Saltó dentro. Aterrizó en un recibidor ordenado. Olor a café y algo más. Algo metálico. Sangre.

Crespo entró tras él. Avanzaron por el pasillo, armas en alto. La luz del salón proyectaba sombras largas. Oriol entró primero.

Y se detuvo.

Esteban Ruiz estaba sentado en un sofá de cuero marrón. Setenta y tantos años, pelo blanco, barba recortada. Vestía ropa cómoda: pantalones de chándal y jersey grueso. Tenía los ojos abiertos, mirando fijamente al televisor apagado.

Un cuchillo de cocina sobresalía de su pecho. La sangre había empapado el jersey, formando un charco oscuro en el sofá. No una puñalada. Ni dos.

Oriol contó mentalmente mientras se acercaba.

Veintisiete.

Veintisiete puñaladas.

Igual que Roberto Maldonado en 2003.

—Mierda. —Crespo había palidecido—. Ha vuelto a hacerlo. Episodio 23.

Oriol enfundó el arma con manos temblorosas. Esto era diferente. El asesino no había esperado. No había elegido a un coleccionista de arte o a alguien que encajara con el perfil del caso original. Había

matado a un policía jubilado. Al único hombre que podía conectar el caso del 98 con un sospechoso específico.

Esto no era solo imitación. Era eliminación de testigos.

—Llama a la Policía local. Y a la Científica de Madrid. —Oriol se acercó al cuerpo sin tocar nada—. Quiero este lugar procesado antes de medianoche.

Observó los detalles. La puerta principal cerrada desde dentro. Las ventanas selladas excepto la que ellos habían abierto. Ninguna señal de lucha. La taza de café aún tibia en la mesa, junto a un plato con galletas. Ruiz había invitado a su asesino a pasar. Le había servido café.

¿Conocía al asesino?

En la mesa, junto al café, había un sobre manila. Igual que en casa de Cristina Campos. Oriol lo abrió con cuidado usando un bolígrafo.

Dentro, una nota:

«Querido Marcos,

Dos episodios, dos obras completadas. Espero que estés prestando atención.

El comisario Ruiz sabía demasiado. Iba a contarle cosas al inspector Oriol. Cosas sobre mi padre. No podía permitirlo.

Veintisiete puñaladas por veintisiete años de silencio. El arte de la venganza tiene su propia simetría.

El Episodio 12 será el siguiente. "El Ángel de Vallecas" (2007). Ya sé quién será. Y creo que tú también lo sospechas.

Nos vemos pronto, Marcos. Muy pronto.

Tu Heredero.»

Oriol releyó la última línea. *Nos vemos pronto*. Era una amenaza directa. El asesino iba a por Sendino. O estaba jugando con él. Torturándolo psicológicamente antes del golpe final.

Sacó su móvil y marcó el número de Sendino. Sonó cinco veces antes de que respondiera.

—¿Inspector?

—¿Dónde está ahora mismo?

—En casa. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No se mueva de ahí. Estoy enviando un coche patrulla a su domicilio. Protección las veinticuatro horas. Y quiero que Laura y Damián también tengan vigilancia.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Sendino sonaba alterada.

—El comisario Ruiz está muerto. Episodio 23. Veintisiete puñaladas. Y el asesino dice que va a por usted.

Silencio al otro lado. Luego, casi un susurro:

—Dios mío.

—¿Ha recibido más comunicaciones? ¿Emails? ¿Llamadas?

—No. Nada desde esta mañana.

—Bien. No salga de casa. No abra la puerta a nadie que no sea policía uniformado. ¿Me oye?

—Sí. Sí, entendido.

Oriol colgó y llamó inmediatamente a la comisaría de Madrid. Dio órdenes rápidas: vigilancia para Sendino, Laura Ibáñez y Damián Cortés. Máxima prioridad. Unidades móviles. Y alertar a todas las comisarías: Lucas Sanz, treinta y dos años, sospechoso de dos homicidios. Armado y extremadamente peligroso.

Cuando terminó, Crespo estaba agachado junto a la mesa.

—Jefe, mira esto.

Señaló algo que Oriol no había visto antes. Bajo la mesa, parcialmente oculto por la sombra, había un objeto. Lo reconoció inmediatamente.

Una vieja placa policial. Número 2847.

La placa de Julián Sanz.

El asesino la había dejado allí deliberadamente. Un mensaje. Una confesión. O quizá un homenaje retorcido a su padre.

Oriol la fotografió sin tocarla. Luego salió al porche. Necesitaba aire. La noche de Segovia era fría y limpia, el cielo plagado de estrellas que en Madrid nunca se veían. Encendió un cigarrillo. Las manos le temblaban ligeramente.

Dos muertos en menos de veinticuatro horas. Y el asesino ya había anunciado el tercero: Episodio 12, *El Ángel de Vallecas*.

Tenía que escucharlo. Ahora.

Sacó los auriculares y buscó el episodio en Spotify. La voz de Sendino lo recibió con su tono hipnótico habitual:

«Buenas noches, soy Marcos Sendino, y esto es Crímenes Olvidados. Esta noche hablamos de un caso que dividió a Madrid en 2007. Un caso donde un presunto salvador se convirtió en asesino, y la línea entre justicia y venganza desapareció por completo...»

Oriol cerró los ojos y escuchó. Necesitaba entender qué vendría después. Quién sería la próxima víctima.

Y mientras lo hacía, en algún lugar de Madrid, Lucas Sanz —si es que era él— también estaría escuchando el mismo episodio.

Planeando. Eligiendo. Afilando sus cuchillos.

CAPÍTULO 5

[TRANSCRIPCIÓN - PODCAST CRÍMENES OLVIDADOS]
Episodio 12: El Ángel de Vallecas
Publicado: 22 de enero de 2024
Duración: 67:12

[Música de introducción: cuerdas tensas, sonido de sirenas lejanas]

MARCOS SENDINO: Buenas noches, soy Marcos Sendino, y esto es Crímenes Olvidados. Esta noche hablamos de un caso que dividió a Madrid en 2007. Un caso donde un presunto salvador se convirtió en asesino, y la línea entre justicia y venganza desapareció por completo.

[Pausa]

Su nombre era Ernesto Palacios. Trabajador social. Cuarenta y un años. Durante una década operó un centro de acogida para niños maltratados en Vallecas. Los vecinos lo adoraban. Le llamaban "el Ángel" porque parecía aparecer justo cuando un niño lo necesitaba. Denuncias por maltrato, familias desestructuradas, abusos... Ernesto estaba siempre allí. Documentando. Ayudando. Salvando vidas.

Hasta que empezaron a aparecer los cuerpos.

[Sonido ambiente: viento nocturno, pasos]

El primero fue Miguel Ángel Durán, marzo de 2007. Encontrado en su piso de Puente de Vallecas. Golpeado hasta la muerte con un objeto contundente. Tenía antecedentes por abuso de menores. Había cumplido condena cinco años antes. Reinsertado. Viviendo solo. Sin molestar a nadie.

O eso parecía.

[Pausa dramática]

El segundo, dos meses después: Ramón Castillo. Misma zona. Mismo modus operandi. Golpeado salvajemente. También tenía antecedentes por abusos. También había cumplido condena.

Y el tercero, en julio: Federico Montero. ¿Adivinan? Antecedentes por maltrato infantil. Golpeado hasta la muerte en su domicilio.

La policía no tardó en ver el patrón. Alguien estaba eliminando sistemáticamente a pederastas en Vallecas. Y la investigación los llevó directamente a Ernesto Palacios.

[Cambio de música: más oscura, ominosa]

Porque Ernesto tenía acceso a una base de datos. Como trabajador social, conocía cada caso de abuso en el distrito. Sabía quiénes eran los agresores. Dónde vivían. Sus rutinas. Y decidió que el sistema judicial no era suficiente. Que los monstruos necesitaban algo más que rehabilitación.

Necesitaban ser borrados.

Cuando lo arrestaron en agosto de 2007, encontraron en su casa una lista. Diecisiete nombres. Tres tachados. Catorce pendientes.

Durante el juicio, Ernesto no mostró arrepentimiento. Declaró que cada hombre que había matado se lo merecía. Que había salvado a futuros niños de sufrir. Que era un acto de amor.

El fiscal lo llamó asesino en serie. La defensa argumentó trastorno mental transitorio. Los medios lo convirtieron en un debate nacional: ¿justiciero o asesino? ¿Héroe o villano?

[Pausa larga]

Ernesto Palacios fue condenado a setenta y cinco años de prisión. Murió en 2019 en la enfermería de Soto del Real. Cáncer de páncreas. Tenía cincuenta y tres años.

Pero su caso nunca se cerró realmente. Porque durante el juicio, salió algo perturbador. Los tres hombres que mató... todos habían abusado de niños que pasaron por el centro de Ernesto. Niños que él conocía personalmente. Niños cuyos nombres nunca se hicieron públicos para proteger su identidad.

Y uno de esos niños, según testimonios nunca confirmados, era alguien muy cercano a Ernesto. Quizá su propio hijo. Quizá alguien a quien quería como tal.

La policía nunca pudo confirmarlo. Los expedientes de menores están sellados. Pero la teoría persiste: Ernesto no actuó como justiciero altruista.

Actuó como padre vengador.

[Silencio. Solo música de fondo]

Y eso, queridos oyentes, convierte un acto de supuesta justicia en algo mucho más oscuro. En algo personal. En algo humano y terrible a la vez.

El caso quedó oficialmente cerrado con la muerte de Ernesto Palacios. Pero catorce nombres siguen en esa lista. Catorce hombres que caminan libres por Madrid. Y alguien, en algún lugar, podría tener una copia de esa lista.

Oriol detuvo la reproducción. Eran las tres de la madrugada. Había vuelto a Madrid pasada la medianoche, después de que la Científica terminara de procesar la escena en Segovia. Ahora estaba solo en su piso de Lavapiés, incapaz de dormir, rodeado de documentos del caso.

Catorce nombres. Una lista de pederastas. El asesino iba a matar a alguien de esa lista.

Pero ¿quién?

Orchestrated next episode's plot structure and investigative threads.

Bien, he establecido el caso del Episodio 12. Ahora necesito:

1. Mostrar a Oriol intentando conseguir la lista de Ernesto Palacios
2. Desarrollar la investigación de Lucas Sanz
3. Introducir elementos del caso Marina Vega para mantener ese hilo
4. Escena con Sendino bajo protección policial
5. Avanzar hacia el tercer asesinato pero con tensión
6. Plantar más pistas sobre el giro final

Voy a continuar con ritmo denso tipo Larsson.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Madrid dormía bajo una neblina fina. Las calles de Lavapiés estaban vacías excepto por un par de borrachos tambaleándose hacia casa. Encendió un cigarrillo. El humo se enroscaba contra el cristal.

Marina Vega.

Su caso nunca había salido en ningún podcast. Demasiado doloroso. Demasiado cercano. Pero Oriol no podía evitar pensar en ella cada vez que trabajaba un nuevo asesinato. Como si su fracaso en encontrarla lo persiguiera, contaminara cada investigación posterior.

Quince años. Estudiante de Medicina. Desaparecida camino a su piso tras una clase nocturna. Sin cuerpo. Sin testigos. Sin nada. Solo una mochila abandonada en un callejón de Tetuán. Y la vida de Oriol desmoronándose poco a poco mientras buscaba respuestas que nunca llegaban.

Elena lo había aguantado tres años. Luego se cansó de ser la segunda prioridad, detrás de un fantasma. *"Estás casado con una muerta, Javi. No conmigo."* Las últimas palabras antes de salir por la puerta con dos maletas.

Tenía razón.

El móvil vibró sobre la mesa. Mensaje de Crespo:

"Localizado Lucas Sanz. Cámaras de seguridad del edificio de Sendino. Apareció ayer a las 18:35. Se quedó merodeando 10 minutos. Luego se fue. Adjunto foto."

Oriol abrió la imagen. Un hombre de espaldas, chaqueta oscura, gorra. Pero el perfil era inconfundible. La mandíbula cuadrada. La forma de caminar. Era él. Lucas Sanz había estado vigilando a Sendino ayer mismo, horas antes del asesinato del comisario Ruiz.

Escribió rápido:

"Orden de busca y captura. Ya. Y refuerza la vigilancia de Sendino. Duplica las patrullas."

Se duchó rápido, se cambió de ropa y salió. A las cuatro de la mañana las calles eran suyas. Condujo hasta la comisaría. Lucía Tamayo ya estaba allí, trabajando en su perfil. Nunca dormía. Como él.

—¿Café? —ofreció sin levantar la vista de su tableta.

—Doble.

Le pasó uno de los vasos de cartón que tenía sobre el escritorio. El café estaba tibio y amargo, pero era combustible.

—He estado revisando el caso de Ernesto Palacios. —Lucía giró la tableta para mostrarle—. La lista de catorce nombres nunca se hizo pública. Está sellada en los archivos judiciales. Protección de posibles víctimas futuras y de los menores implicados.

—Necesito esa lista.

—Necesitas una orden judicial. Y eso llevará días.

—No tenemos días. El asesino ya tiene su objetivo. Podría actuar esta noche. Mañana. En cualquier momento.

Lucía lo miró fijamente.

—¿Y si te digo que hay un atajo?

—Te escucho.

—El abogado defensor de Ernesto Palacios aún vive. Jubilado, pero accesible. Se llama Antonio Ferrer. Trabajó el caso pro bono. Un idealista. Y guarda copias de todo. Yo... podría llamarlo. Extraoficialmente.

Oriol entendió. Ella estaba ofreciendo moverse en zona gris. Información obtenida sin procedimiento oficial. Inadmisible en juicio, pero útil para la investigación.

—Hazlo.

Lucía marcó un número. Esperó. Alguien respondió con voz adormilada.

—¿Señor Ferrer? Soy la subinspectora Tamayo, Policía Nacional... Lamento la hora, pero es urgente... Sí, sobre el caso Palacios... Necesito acceso a la lista... Entiendo las implicaciones legales, pero hay vidas en riesgo... Dos personas muertas ya... Sí, conectado con su caso... ¿Puede ayudarnos?

Larga pausa. Oriol contenía la respiración.

—Gracias. Ahora mismo vamos para allá.

Colgó.

—Vive en Aravaca. Nos espera en una hora.

Antonio Ferrer tenía setenta años y una casa llena de libros de derecho penal. Los recibió en bata, con el pelo blanco alborotado y gafas de lectura colgando del cuello. Su estudio olía a tabaco de pipa y papel viejo. Les sirvió café recién hecho mientras preparaba los documentos.

—El caso Palacios me quitó el sueño durante años. —Su voz era ronca, cansada—. Un hombre bueno que hizo cosas terribles por razones que nunca quedaron claras del todo. La fiscalía pintó un monstruo. Yo intenté pintar un padre desesperado. Ambos teníamos razón.

Colocó sobre la mesa una carpeta gruesa.

—La lista. Catorce nombres de hombres con antecedentes por abuso de menores. Todos residentes en Vallecas en 2007. Todos conocidos por Ernesto. —Hizo una pausa—. Pero deben entender algo: estos hombres cumplieron sus condenas. Legalmente están rehabilitados. Si hacen pública esta información...

—No nos interesa exponerlos. —Oriol abrió la carpeta—. Solo protegerlos de un asesino.

Leyó los nombres. Catorce vidas marcadas por el peor de los crímenes. Algunos tenían direcciones actualizadas. Otros habían desaparecido del sistema. Dos habían muerto de causas naturales. Quedaban doce.

Uno de los nombres le llamó la atención:

Héctor Villar Ramos. 57 años. Antecedentes: abuso de menores (2002), cumplió 4 años. Dirección actual: Calle Peña Gorbea 18, 3B, Vallecas.

—¿Este sigue en Vallecas? —preguntó Oriol.

—Hasta donde sé, sí. Trabaja en un taller mecánico. Vive solo. Perfil bajo. Sin incidentes desde que salió.

Oriol tuvo una corazonada. Si el asesino iba a seguir el patrón de Ernesto Palacios, elegiría a alguien accesible. Alguien en la misma zona. Alguien cuya muerte pudiera pasar por un crimen de odio vecinal.

—¿Puede fotocopiar esto?

Ferrer dudó, pero asintió. Veinte minutos después, Oriol y Lucía salían de Aravaca con copias de toda la documentación.

—Crespo. —Oriol llamó desde el coche—. Necesito vigilancia en estas direcciones. Ahora.

Le leyó la lista de doce nombres. Crespo silbó bajito al otro lado.

—Jefe, no tenemos recursos para vigilar a doce personas simultáneamente. Con los recortes...

—Entonces prioriza. Quiero patrullas rotando cada dos horas por estas direcciones. Y alerta máxima en Vallecas. Cualquier movimiento sospechoso, llámame.

—Entendido.

Eran las seis y media de la mañana. El sol empezaba a teñir de naranja el horizonte. Oriol condujo directamente a Vallecas. Quería ver personalmente a Héctor Villar. Advertirle. Ofrecerle protección.

La calle Peña Gorbea era un bloque de viviendas social de los ochenta. Fachada gris, pintadas en el portal, olor a humedad. Subieron al tercer piso. Llamaron al timbre del 3B.

Nada.

Llamaron más fuerte.

—¿Señor Villar? Policía Nacional. Necesitamos hablar con usted.

Silencio.

Oriol miró a Lucía. Ella asintió. Forzaron la puerta. No fue difícil; la cerradura era vieja.

El apartamento estaba a oscuras. Olía a cerrado y a otra cosa. Algo que Oriol conocía bien.

Sangre.

Encendió la luz.

Héctor Villar estaba en el suelo de la cocina. Cincuenta y siete años, calvo, barriga prominente. Vestía camiseta y pantalones de chándal. Había sido golpeado con un objeto contundente. La cabeza destrozada. Sangre salpicada en las paredes, el suelo, los muebles.

Exactamente como en 2007.

Exactamente como Ernesto Palacios había matado a sus víctimas.

—Mierda. —Lucía sacó su móvil—. Llegamos tarde.

Oriol se acercó al cuerpo. Por la rigidez, calculó que llevaba muerto al menos doce horas. Lo habían matado ayer, probablemente mientras ellos procesaban la escena en Segovia.

En la mesa de la cocina, otro sobre manila.

Oriol lo abrió. Ya no le temblaban las manos. Se estaba acostumbrando al ritual macabro.

«Querido Marcos,

Tres episodios. Tres actos de justicia completados.

Héctor Villar. ¿Sabes cuántos niños destruyó? ¿Cuántas vidas arruinó? El sistema lo dejó salir después de solo cuatro años. Cuatro

años por robar la inocencia de siete niños.

Ernesto Palacios tenía razón. Los monstruos no se rehabilitan. Se borran.

*Yo solo estoy terminando su trabajo. Los once nombres restantes caerán uno por uno. Pero antes... *

Antes necesito hablar contigo, Marcos. Cara a cara. Tú y yo. Sin policías. Sin grabadoras. Solo dos hombres que entienden la verdad sobre los crímenes olvidados.

Te contactaré pronto con instrucciones. Si no vienes solo, o si traes a tus amigos policías, empezaré a matar a los once restantes. Uno cada día. Hasta que aceptes reunirte conmigo.

El reloj corre, Marcos. ¿Cuántas muertes más estás dispuesto a cargar en tu conciencia?

Tu Heredero.»

Oriol releyó la última parte. El asesino iba a contactar con Sendino directamente. Para una reunión. Una trampa, obviamente. Pero si Sendino no aceptaba, once personas más morirían.

Marcó el número de Sendino. Respondió al segundo tono. Sonaba exhausto.

—¿Inspector?

—¿Ha recibido algún mensaje nuevo?

—No. Nada. Los policías que me vigilan dicen que todo está tranquilo.

—Va a recibirlo pronto. Cuando lo haga, no responda. No interactúe. Llámeme inmediatamente. ¿Entendido?

—¿Qué ha pasado? —La voz de Sendino se había vuelto aguda—. ¿Hay otro muerto?

Oriol dudó. Pero no podía ocultárselo.

—Episodio 12. Héctor Villar. Asesinado como Ernesto Palacios mató a sus víctimas. Y el asesino dice que quiere reunirse con usted.

Silencio pesado al otro lado.

—¿Conmigo? ¿Para qué?

—No lo sé. Pero no va a suceder. No vamos a dejar que se acerque.

—Inspector... —La voz de Sendino era ahora un susurro—. ¿Y si tiene razón? ¿Y si soy responsable? Mi podcast... está inspirando esto. Cada episodio es un manual para él. Cada detalle que conté es un arma que le di.

—Usted no mató a nadie. Él lo hizo. Y vamos a atraparlo.

—¿Cómo? ¡Lleva tres pasos por delante! ¡Sabía que iríamos a ver a Ruiz y lo mató antes! ¡Sabía que buscaríamos a alguien de la lista de Palacios y ya lo había elegido! ¡Es como si estuviera dentro de su cabeza!

Oriol sintió un escalofrío. Sendino tenía razón. El asesino anticipaba cada movimiento. Como si...

Como si conociera el procedimiento policial desde dentro.

Hijo de policía. Criado en ese mundo. Sabía cómo pensaban. Cómo investigaban.

—Señor Sendino, voy para su casa. Ahora. Vamos a preparar un dispositivo. Si el asesino lo contacta, estaremos listos.

Colgó. Lucía lo miraba con expresión sombría.

—¿Qué estás pensando?

—Que este tipo nos está jugando. Cada asesinato es una maniobra de ajedrez. Nos mueve donde quiere. Elimina testigos. Deja notas para presionarnos. Y ahora quiere un encuentro con Sendino porque...

—Porque es el objetivo final. —Lucía terminó la frase—. Todo esto ha sido una escalada hacia Sendino. Los tres asesinatos son solo el preludio. Sendino es el verdadero objetivo. ¿Pero por qué?

Oriol no tenía respuesta. Todavía. Pero la pieza faltaba estaba allí, en algún lugar, conectando todo.

Salieron del apartamento. La Científica ya estaba llegando. Oriol les dio instrucciones rápidas y bajó a la calle. Vallecas despertaba. Niños camino al colegio. Trabajadores hacia el metro. La vida normal, ajena a que en ese mismo edificio un hombre había sido asesinado brutalmente hacía menos de veinticuatro horas.

El móvil de Lucía sonó. Respondió. Escuchó. Su expresión cambió.

—Entendido. Vamos para allá.

Colgó y miró a Oriol.

—Acabamos de localizar a Lucas Sanz. Cámaras de un cajero en Malasaña. Hace dos horas. Sacando dinero. Y hay más: el análisis de su móvil. Lo tenía apagado, pero cuando lo encendió brevemente esta madrugada, trianguló en... —Consultó su móvil—. En las inmediaciones de la calle Barquillo. A doscientos metros del domicilio de Marcos Sendino.

Estaba vigilando. Acechando.

—¿Sigue ahí?

—No lo sabemos. Pero las patrullas están peinando la zona.

Oriol arrancó el motor. El coche salió disparado hacia Malasaña. Mientras conducía, su mente trabajaba a mil por hora. Lucas Sanz.

Treinta y dos años. Hijo del posible Estrangulador de Chamberí. Antecedentes violentos. Desaparecido del sistema desde 2013.

Once años en las sombras. ¿Haciendo qué? ¿Planeando esto? ¿Esperando el momento perfecto?

¿Y qué tenía que ver Marcos Sendino con todo?

Llegaron a Malasaña en quince minutos. Las calles estaban llenas de patrullas. Crespo coordinaba desde el coche. Oriol se acercó.

—¿Algo?

—Nada. Se esfumó. Pero tenemos su foto circulando. Todas las unidades alertadas. No puede ir muy lejos.

Oriol miró hacia el edificio de Sendino. Cuarto piso. Las luces encendidas. Dos agentes en el portal. Todo parecía seguro.

Pero algo no encajaba.

Si Lucas Sanz quería matar a Sendino, ¿por qué no lo había hecho ya? Había tenido oportunidades. Ayer estuvo merodeando el edificio. Esta madrugada estuvo cerca. Con tres asesinatos a sus espaldas, la precaución no parecía ser su prioridad.

¿Qué esperaba?

La respuesta llegó cuando subía las escaleras hacia el piso de Sendino.

El móvil del presentador sonó.

Oriol lo oyó desde el rellano. Un tono de llamada. Los agentes miraron hacia la puerta. Oriol aceleró.

Dentro, Sendino miraba la pantalla de su iPhone con expresión de pánico absoluto.

Número desconocido.

—No responda. —Oriol entró—. Déjelo sonar.

Pero Sendino ya había pulsado el botón verde. Con mano temblorosa se llevó el teléfono al oído.

—¿Hola?

Una voz. Masculina. Joven. Calmada.

Sendino activó el altavoz. Todos escucharon:

—Hola, Marcos. Soy yo. Tu Heredero. Es hora de que hablemos. De verdad. Sin máscaras. Porque tú y yo tenemos una conexión que ni siquiera imaginas. Una historia compartida. ¿Quieres saber cuál? Entonces acude solo esta noche a las once a la Nave Boetticher en Tetuán. Solo tú. Si veo policías, desaparezco. Y los once nombres restantes empezarán a caer mañana. Uno por día. ¿Me has entendido, Marcos?

—Yo... yo...

—Tranquilo. Sé que tienes miedo. Es normal. Pero te prometo que si vienes solo, si escuchas lo que tengo que decirte, entenderás por qué todo esto tenía que pasar. Entenderás por qué tú eres la pieza final del puzzle.

La llamada se cortó.

Silencio absoluto en el apartamento.

Oriol ya estaba marcando para rastrear la llamada, pero sabía que sería inútil. Este tipo era cuidadoso.

Sendino temblaba. El teléfono se le cayó de las manos. Laura, que había llegado minutos antes, lo sostuvo.

—No puede ir. —Su voz era firme—. Es una trampa obvia.

Pero Oriol miraba a Sendino. Y vio algo en sus ojos. No solo miedo. También curiosidad. La maldita curiosidad del periodista. La necesidad de conocer la historia completa.

—¿Una conexión? —murmuró Sendino—. ¿Qué conexión puede haber entre ese psicópata y yo?

Oriol también se lo preguntaba.

Y por primera vez desde que empezó el caso, sintió que se acercaba al núcleo. A la verdad que lo explicaba todo.

Una verdad que, intuía, también tocaría el caso de Marina Vega.

Porque nada en su vida sucedía por casualidad. Cada caso, cada muerte, cada obsesión... todo estaba conectado de formas que aún no comprendía.

—Preparen el dispositivo. —Oriol se giró hacia Crespo—. Vamos a esa nave esta noche. Y vamos a atrapar a ese hijo de puta.

CAPÍTULO 6

La Brigada de Homicidios se había convertido en un centro de operaciones. Eran las cuatro de la tarde y tenían siete horas para preparar el dispositivo. Oriol había convocado a todos: Crespo, Lucía Tamayo, el equipo de operaciones especiales, técnicos de escuchas, francotiradores. Dieciséis personas apiñadas en la sala de reuniones, estudiando planos de la Nave Boetticher.

El edificio era una antigua fábrica textil en Tetuán, abandonada desde 2015. Tres plantas, estructura de hierro y ladrillo visto, ventanas rotas, la mayoría selladas con tablones. Un laberinto perfecto para una emboscada. Para entrar o para escapar.

—Aquí. —El sargento Molina, jefe de Operaciones Especiales, señaló el plano—. Tenemos cuatro puntos de acceso. La entrada principal, aquí en la fachada sur. Una puerta lateral de carga al este. Una escalera de incendios al norte. Y un sótano con salida a un callejón por el oeste.

—¿Vías de escape?

—Demasiadas. Tejados colindantes, alcantarillado, edificios adyacentes con conexiones internas. Si quiere desaparecer, puede hacerlo en treinta segundos.

Oriol estudió el plano. Lucas Sanz había elegido bien. Un lugar que conocía, probablemente. Había hecho reconocimiento previo. Sabía dónde poner a Sendino, dónde esconderse, cómo desvanecerse si las cosas se torcían.

—Francotiradores en estos tejados. —Oriol marcó tres posiciones—. Vista directa a la entrada principal y la escalera de incendios. Y

equipos de asalto aquí y aquí, listos para entrar en cuanto tengamos confirmación visual del sospechoso.

—¿Y Sendino? —preguntó Crespo.

—Lleva micrófono y rastreador GPS. Dos, por si detecta uno. Y chaleco antibalas bajo la ropa. No negociable.

—¿Tú estarás dentro?

—En el sótano. Con el equipo de asalto. Si Sanz se mueve hacia Sendino de forma agresiva, entramos. Pero necesito que hable primero. Necesito escuchar qué tiene que decir. Qué conexión hay.

Lucía levantó la mano desde su rincón, donde había estado trabajando en su tableta.

—He estado investigando el pasado de Marcos Sendino. Su carrera como periodista de sucesos en *El Mundo*. Y he encontrado algo interesante.

Todos se giraron hacia ella. Proyectó en la pantalla grande un artículo digitalizado. Fecha: 23 de marzo de 2012.

"SUICIDIO DE INSPECTOR BAJO INVESTIGACIÓN INTERNA"
Por Marcos Sendino

La Policía Nacional investiga las circunstancias de la muerte del inspector Julián Sanz Mendoza, encontrado muerto en su domicilio de Torrelodones el pasado 8 de marzo. Fuentes policiales confirman que Sanz estaba siendo investigado por Asuntos Internos por presuntas irregularidades durante su carrera, aunque no se han revelado detalles específicos. El inspector, de 47 años, se pegó un tiro en la cabeza con su arma reglamentaria. Deja esposa y dos hijos...

Oriol sintió que algo encajaba en su cerebro.

—Sendino escribió sobre la muerte del padre de Lucas Sanz.

—No solo eso. —Lucía deslizó la pantalla—. Escribió una serie de artículos de investigación sobre Julián Sanz. Tres en total. En el último, publicado dos semanas después del suicidio, Sendino insinuaba que Sanz podría haber sido el Estrangulador de Chamberí. No lo decía directamente, pero citaba fuentes anónimas del cuerpo que lo señalaban como sospechoso nunca procesado.

Oriol leyó el artículo en la pantalla. Estaba escrito con la misma voz que Sendino usaría años después en su podcast: insinuante, dramática, dejando que el lector sacara sus propias conclusiones. El artículo no acusaba directamente a Julián Sanz, pero pintaba un retrato devastador: un policía con acceso a las escenas, comportamiento errático, expediente disciplinario sellado, y finalmente un suicidio sospechoso justo cuando Asuntos Internos se acercaba.

—¿Por qué no me habló de esto? —Oriol sintió rabia creciendo—. Sendino sabía quién era Julián Sanz. Sabía que podía ser el Estrangulador. ¿Y no lo mencionó cuando le preguntamos?

—Quizá no conectó los puntos. —Crespo no sonaba muy convencido —. O quizá tenía miedo de que lo hiciéramos responsable. Sus artículos destruyeron la reputación póstuma de Sanz. Si el hijo ahora está matando gente...

—Entonces Sendino es indirectamente responsable de crear al monstruo. —Lucía cerró la tableta—. Los artículos salieron cuando Lucas tenía veinte años. Imagina leer eso sobre tu padre. Que era un asesino en serie. Que su suicidio fue una confesión implícita. Todo tu mundo se derrumba. Y el periodista que escribió esos artículos años después se hace millonario contando historias de crímenes.

La conexión era clara ahora. Lucas Sanz culpaba a Sendino. No solo por exponer a su padre, sino por convertir la tragedia familiar en contenido. En entretenimiento. En dinero.

—Necesito hablar con Sendino. Ahora. —Oriol ya estaba saliendo de la sala.

Marcos Sendino estaba en su apartamento de Malasaña, custodiado por dos agentes. Cuando Oriol entró, el presentador estaba sentado en el sofá, mirando al vacío. Laura Ibáñez había llegado antes y estaba con él, una mano en su hombro. Damián Cortés tecleaba nervioso en un portátil en la otra esquina.

—¿Por qué no me contó que escribió sobre Julián Sanz? —Oriol fue directo.

Sendino levantó la vista. Parecía haber envejecido diez años en un día.

—Porque... fue hace doce años. No pensé que fuera relevante.

—¿No pensó que era relevante? —Oriol tuvo que contenerse para no gritar—. ¡Destruyó la reputación de un hombre muerto! ¡Insinuó que era el Estrangulador de Chamberí! ¿Y no se le ocurrió mencionarlo cuando empezaron a aparecer cuerpos imitando ese caso?

—No lo destruí. Solo reporté lo que las fuentes me dijeron. —Sendino se levantó, defensivo—. Era mi trabajo. Investigar. Hacer preguntas. Si Julián Sanz era inocente, la investigación lo habría exonerado.

—Pero estaba muerto. No podía defenderse.

—¡Exacto! —Sendino explotó—. ¡Por eso era noticia! ¡Un policía investigado muere justo antes de que cierren el caso! ¿Qué se suponía que hiciera? ¿Ignorarlo?

Laura intervino con voz calmada pero firme:

—Marcos, el inspector tiene razón. Deberías haberlo mencionado. Ahora tiene sentido. Lucas Sanz te culpa por arruinar la memoria de su padre.

—No arruiné nada. —Sendino se dejó caer de nuevo en el sofá—. Si su padre era el Estrangulador, la verdad merecía salir. Y si no lo era... —Hizo una pausa—. Si no lo era, entonces cometí el peor error de mi carrera.

Hubo un silencio pesado.

—¿Cree que Julián Sanz era inocente? —preguntó Oriol.

—No lo sé. —Sendino se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Mis fuentes eran policías que trabajaron en el caso. Me dijeron que Sanz era el principal sospechoso interno. Que su comportamiento era extraño durante la investigación. Que tenía acceso y conocimiento. Todo encajaba. Pero nunca hubo pruebas físicas. Nunca lo acusaron formalmente. Y cuando murió, el caso se cerró silenciosamente.

—¿Y ahora?

—Ahora... ahora pienso que quizá me equivoqué. Quizá Julián Sanz era solo un policía con problemas personales. Y yo convertí sus problemas en una sentencia de muerte póstuma. —Levantó la vista hacia Oriol—. Y su hijo ha dedicado los últimos doce años a odiarme por eso.

Oriol se sentó frente a él. Por primera vez sintió algo parecido a la compasión por Sendino. El hombre estaba siendo devorado por su propia creación. Había pasado años convirtiendo tragedias en historias. Y ahora una de esas historias había regresado para devorarlo.

—Necesito que me cuente todo sobre esos artículos. Cada fuente. Cada detalle. Cualquier interacción que tuviera con la familia Sanz después de la publicación.

—Nunca tuve contacto con ellos. La viuda, Teresa Ordóñez, se negó a hablar conmigo. Los hijos tampoco respondieron a mis llamadas. Después de que saliera el último artículo, recibí amenazas. Emails,

llamadas. Gente defendiendo a Julián Sanz. Diciendo que era un buen hombre. Que yo lo había difamado.

—¿Alguna de esas amenazas era de Lucas Sanz?

—No firmaban con nombre real. Pero... —Sendino se levantó y fue hacia un archivador—. Guardé todo. Por si acaso.

Sacó una carpeta llena de impresiones de emails. Los extendió sobre la mesa. Oriol empezó a leer.

La mayoría eran genéricos: *"Eres una escoria"*, *"Deberías morir por difamar a un héroe"*, *"La verdad saldrá y te destruirá"*. Pero uno, fechado el 25 de marzo de 2012, dos días después del último artículo, era diferente:

«Marcos Sendino,

Has matado a mi padre. No con un arma, sino con palabras. Lo has convertido en un monstruo para que el mundo entero lo odie. ¿Sabes lo que es ver a tu padre llorar leyendo mentiras sobre sí mismo? ¿Sabes lo que es encontrarlo muerto con una nota que dice "no puedo más"?

Mi padre no era el Estrangulador. Era un buen hombre. Un buen policía. Tenía demonios, sí. Pero no era un asesino.

Algún día lo probaré. Y cuando lo haga, volveré a por ti. Te haré pagar por cada palabra.

Un hijo que no olvidará.»

Oriol fotografió el email.

—¿Respondió a esto?

—Sí. Le dije que lamentaba su pérdida. Que solo había reportado lo que mis fuentes me contaron. Que si tenía pruebas de la inocencia de su padre, las hiciera públicas. Nunca respondió.

—¿Y después?

—Nada. Durante años, nada. Empecé el podcast en 2020. Explotó en 2021. Nunca más pensé en Julián Sanz o en su familia. Hasta... —Tragó saliva—. Hasta el episodio 47. Cuando Damián me dijo que habíamos recibido un email del "Heredero", no conecté los puntos. Pensé que era otro chalado. Tenemos cientos.

Oriol volvió a leer el email de 2012. *"Algún día lo probaré. Y cuando lo haga, volveré a por ti."*

Doce años después, Lucas Sanz estaba cumpliendo su promesa. Pero no probando la inocencia de su padre, sino continuando su supuesto legado. Había aceptado la narrativa de Sendino. Se había convertido en lo que el periodista había dicho que era su padre: un asesino.

Era una profecía autocumplida retorcida.

—¿Inspector? —Damián levantó la vista del portátil—. Acabo de recibir algo. Otro email. Del Heredero.

Todos se acercaron. En la pantalla, un mensaje recién llegado a la cuenta del podcast:

«Marcos,

Solo para confirmarte: esta noche, 23:00h, Nave Boetticher. Solo tú.

Sé que estarás pensando en llevar policías. Sé que Oriol está planeando un dispositivo. No te preocupes. Lo esperaba. Es parte del juego.

Pero que quede claro: si veo drones, si veo francotiradores donde no deberían estar, si siento que me están engañando... desaparezco. Y mañana por la mañana, otro nombre de la lista de Palacios amanecerá muerto. Y así cada día hasta que aceptes hablar conmigo de verdad.

Once vidas, Marcos. Once muertes que cargarás sobre tu conciencia si no vienes solo.

Nos vemos esta noche.

PD: Inspector Oriol, sé que estás leyendo esto. Admiro tu trabajo. Especialmente tu obsesión con el caso Marina Vega. ¿Sabías que ese caso también está conectado con todo esto? Quizá esta noche descubras finalmente qué le pasó.

Saludos,
Tu Heredero.»

El mundo se detuvo.

Marina Vega.

Oriol sintió que la sangre se le helaba. ¿Cómo sabía Lucas Sanz sobre Marina? ¿Qué conexión podía haber entre una estudiante desaparecida en 2009 y el Estrangulador de Chamberí de 1998?

—¿Quién es Marina Vega? —preguntó Sendino.

Oriol no respondió. No podía. Su mente estaba procesando mil posibilidades a la vez. Marina había desaparecido en Tetuán. Misma zona donde operó el Estrangulador. Pero años después. Sin cuerpo. Sin conexión aparente.

¿O sí?

—Crespo. —Su voz sonó extraña incluso para él—. Quiero todos los archivos del caso Marina Vega. Ahora. Y quiero comparaciones con las víctimas del Estrangulador. Edad, aspecto físico, rutas habituales. Todo.

—Jefe, ese caso... está cerrado. Sin resolver.

—Pues ábrelo de nuevo.

Oriol salió del apartamento. Necesitaba aire. Bajó las escaleras a toda prisa y salió a la calle. Malasaña bullía con su vida de tarde: turistas, oficinistas saliendo del trabajo, camareros preparando terrazas. Todo tan normal. Todo tan ajeno.

Encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

Marina Vega. Veintitrés años. Pelo castaño largo. Sonrisa tímida. Estudiante de Medicina. Desaparecida el 17 de octubre de 2009, un sábado por la noche, camino a su piso en Tetuán después de estudiar en la biblioteca de la universidad. Su mochila apareció tres días después en un callejón. Nada más. Sin testigos. Sin cuerpo. Sin nada.

Oriol había dedicado tres años de su vida a buscarla. Interrogó a cientos de personas. Revisó miles de horas de cámaras de seguridad. Siguió cada pista, por absurda que fuera. Y nada. Marina se había desvanecido como si nunca hubiera existido.

Ese caso lo había destruido. Arruinó su matrimonio, casi arruinó su carrera, lo convirtió en el insomne obsesivo que era ahora. Y lo peor: nunca había conseguido respuestas.

¿Y ahora Lucas Sanz decía que estaba conectado?

Su móvil vibró. Mensaje de Lucía:

"He comparado el perfil de Marina Vega con las víctimas del Estrangulador. Edad similar: 23 vs 28-41. Pero hay algo más. Marina desapareció en la calle Bravo Murillo, a doscientos metros de donde vivía Carmen Robles, la primera víctima del Estrangulador en 1998. Y su ruta habitual pasaba por delante de tres de los cuatro edificios donde se cometieron los asesinatos."

Oriol releyó el mensaje tres veces.

No podía ser coincidencia.

Marina había caminado durante años por las mismas calles donde el Estrangulador había operado once años antes. ¿Había sido una víctima más? ¿Una víctima tardía de Julián Sanz antes de su muerte en 2012?

Pero eso no tenía sentido. Marina desapareció en 2009. Julián Sanz murió en 2012. Tres años de diferencia.

A menos que...

A menos que Julián Sanz no fuera el Estrangulador original.

A menos que hubiera alguien más. Alguien que continuó matando después de 1998. Alguien que tomó a Marina en 2009.

¿Y ese alguien era Lucas Sanz?

¿Había estado matando todo este tiempo, desde adolescente?

La cabeza le daba vueltas. Necesitaba pensar con claridad. Volvió adentro. Subió de nuevo al apartamento. Sendino lo miraba con expresión interrogante.

—¿Quién es Marina Vega para usted?

Oriol se sentó. Por primera vez en quince años, habló de ella con alguien que no fuera un compañero del cuerpo.

—Era una estudiante. Desapareció hace quince años. Nunca la encontramos. Y ese fracaso me persigue cada día desde entonces.

—¿Cree que Lucas Sanz la mató?

—No lo sé. Pero si él dice que está conectada, entonces necesito saberlo. Necesito respuestas. —Miró fijamente a Sendino—. Y esta noche, en esa nave, vamos a conseguirlas.

Sendino asintió despacio.

—Entonces iré. Haré lo que pida. Pero inspector... necesito que me prometa algo. Si descubrimos qué le pasó a esa chica, si Lucas Sanz sabe algo... hágalo hablar. Sea lo que sea. Porque si yo soy responsable indirectamente de su muerte también... necesito saberlo.

Oriol no prometió nada. Solo asintió.

Las siguientes horas pasaron en un borrón de preparativos. Sendino fue equipado con micrófonos, rastreadores, chaleco antibalas. Se repasó el plan: entrar a las 23:00h por la puerta principal, mantener a Lucas Sanz hablando el mayor tiempo posible, esperar la señal de Oriol para que entraran los equipos.

A las diez y media de la noche, todos estaban en posición.

Francotiradores en los tejados. Equipos de asalto en sótanos y callejones adyacentes. Oriol con cinco hombres en el sótano de la nave, escuchando cada palabra que transmitía el micrófono de Sendino.

A las 10:55, Sendino llegó a la puerta de la Nave Boetticher. Un edificio fantasma en mitad de Tetuán. Grafitis en las paredes, ventanas rotas, olor a orín y abandono.

Empujó la puerta. Chirrió al abrirse.

—Estoy entrando. —Su voz llegaba clara por los auriculares de Oriol.

La nave estaba a oscuras. Solo un poco de luz de luna filtrándose por las ventanas rotas. Sendino encendió la linterna de su móvil.

—¿Lucas? ¿Estás aquí?

Silencio.

Avanzó despacio. Sus pasos resonaban en el suelo de hormigón. El lugar era enorme. Tres plantas de espacio abierto. Columnas de hierro. Maquinaria oxidada abandonada.

—Lucas, soy Marcos. He venido solo, como pediste.

Una luz se encendió al fondo. Un foco de obra, conectado a un generador portátil. Iluminaba un espacio despejado. Y en el centro, una silla.

Y sentado en ella, esperando, estaba Lucas Sanz.

Oriol lo vio a través de la cámara térmica. Solo. Sin armas visibles. Tranquilo.

—Tenemos contacto visual. —Susurró el francotirador por el canal—. Objetivo localizado. Espero orden.

Oriol contuvo la respiración.

—Esperen. Dejen que hablen.

Sendino se acercó despacio. Cuando estuvo a diez metros, Lucas habló. Su voz llegó clara por el micrófono:

—Hola, Marcos. Gracias por venir. Sé que ha sido difícil para ti. Pero necesitábamos esta conversación. Tú y yo. Cara a cara. Porque hay cosas que necesitas saber. Sobre mi padre. Sobre tus artículos. Y sobre Marina Vega.

Sendino se detuvo.

—¿Qué sabes de Marina Vega?

Lucas sonrió. Una sonrisa fría, sin humor.

—Lo sé todo. Porque yo la maté.

CAPÍTULO 7

Lucas Sanz no se parecía a las fotografías policiales de 2011. Había engordado ligeramente, el pelo más largo ahora, barba de varios días. Pero los ojos eran los mismos: fríos, calculadores, con esa intensidad que helaba la sangre. Vestía ropa oscura, práctica. Una sudadera negra, vaqueros, botas de senderismo. Las manos descansaban tranquilas sobre las rodillas.

Sendino se había quedado paralizado a cinco metros de distancia.

—¿Tú... tú mataste a Marina Vega?

Lucas sonrió de nuevo. Esa sonrisa sin calor.

—No exactamente. Pero participé. Dejame explicarte, Marcos. Porque tú mereces saber la verdad completa. La verdad que destruiste con tus artículos.

En el sótano, Oriol apretaba los puños. Cada palabra de Lucas llegaba clara por el micrófono de Sendino. Los cinco agentes a su alrededor esperaban la orden de asalto. Pero Oriol levantó la mano: esperen.

Lucas se levantó de la silla. Caminó en círculo, como un actor preparándose para su monólogo final.

—Mi padre, Julián Sanz, era el Estrangulador de Chamberí. Eso lo acertaste en tus artículos, Marcos. Fue él quien mató a esas cuatro mujeres en 1998. Yo tenía seis años. No sabía nada entonces. Era solo un niño.

Hizo una pausa. Su voz era calmada, casi reflexiva.

—Pero mi padre nunca dejó de matar. Simplemente se volvió más cuidadoso. Más selectivo. Una víctima cada pocos años. Siempre diferentes métodos. Diferentes zonas. Nunca un patrón que pudiera conectarse. Fue brillante en eso. Un depredador perfecto.

Sendino encontró su voz:

—¿Y Marina Vega?

—Marina fue un error. —Lucas se giró hacia él—. Octubre de 2009. Yo tenía diecisiete años. Sabía lo que era mi padre desde hacía dos años. Lo había descubierto por accidente. Encontré fotos. Recortes de periódicos. Un diario donde documentaba cada asesinato. Y en lugar de denunciarlo... —Respiró hondo—. En lugar de denunciarlo, me fascinó. Me enseñó. Me convirtió en su heredero.

Oriol sintió náuseas. Un padre enseñando a su hijo adolescente a matar. La transmisión generacional del mal.

—Marina caminaba sola esa noche. —Lucas continuaba, la voz más baja ahora—. La vimos en Bravo Murillo. Mi padre dijo que era perfecta. Edad correcta, aspecto correcto. Como las mujeres del 98. Yo solo iba a observar. Era mi "entrenamiento". Pero...

Se detuvo. Por primera vez mostró algo parecido a la emoción. Un tic en la mandíbula.

—Algo salió mal. Marina luchó más de lo esperado. Mi padre la estaba estrangulando en el coche y ella consiguió arañarlo. Sangre. ADN. Evidencia. Entró en pánico. Me obligó a ayudarlo. A sujetarla mientras él terminaba el trabajo.

Silencio absoluto en la nave.

—Yo tenía diecisiete años, Marcos. Y mis manos estaban alrededor del cuello de una chica de veintitrés que me rogaba con los ojos que parara. ¿Sabes lo que eso le hace a una persona? ¿Sabes cómo te cambia?

Sendino retrocedió un paso.

—Dios mío...

—Mi padre guardó el cuerpo. Lo enterró en un lugar seguro. Me dijo que nunca hablaríamos de eso. Que sería nuestro secreto. Y durante tres años, viví con ese secreto. Con las pesadillas. Con la culpa. —Lucas se acercó más a Sendino—. Y entonces llegaste tú.

Su voz se endureció.

—Marzo de 2012. Tus artículos. "Inspector bajo investigación". "Posible conexión con el Estrangulador". Insinuaciones. Especulación. Periodismo basura disfrazado de investigación. Mi padre leyó cada palabra. Cada línea que lo pintaba como un monstruo.

—Yo solo reporté...

—¡Reportaste medias verdades! —Lucas gritó por primera vez—. Sí, mi padre era el Estrangulador del 98. Pero Asuntos Internos lo investigaba por otra cosa. Por corrupción menor. Pequeñas filtraciones a la prensa. Nada que ver con los asesinatos. Nunca tuvieron evidencia de eso. ¡Pero tú conectaste los puntos como te dio la gana!

Caminó en círculos, agitado ahora.

—Mi padre no aguantó la presión. La vergüenza pública. Los rumores. Los compañeros que lo miraban diferente. Y ocho días después de tu último artículo, se pegó un tiro en la cabeza. En nuestro salón. Yo lo encontré. Veinte años. Vi a mi padre con la mitad del cráneo volado y una nota que decía: "No puedo vivir siendo el monstruo que todos creen que soy".

Sendino temblaba visiblemente.

—Lucas, yo... lo siento. No pretendía...

—¿Que se suicidara? Claro que no. Solo querías la historia. El scoop. El artículo viral que te hiciera famoso. —Lucas se detuvo frente a él —. Y funcionó, ¿verdad? Dos años después te despidieron del periódico, pero ya tenías tu marca. El periodista que destapó al Estrangulador de Chamberí. Aunque nunca lo demostraste. Aunque mi padre murió sin juicio. Sin posibilidad de defenderse.

—Si tu padre era culpable, la verdad merecía...

—¡La verdad! —Lucas rio amargamente—. ¿Quieres la verdad completa, Marcos? Mi padre era un asesino. Mató a ocho mujeres en total, no cuatro. Y sí, merecía estar en prisión. Pero también era mi padre. El hombre que me enseñó a jugar al fútbol. Que me ayudaba con los deberes. Que lloraba viendo películas tristes. Era ambas cosas a la vez. Monstruo y padre. ¿Cómo vives con eso?

Sendino no tenía respuesta.

—Durante años pensé en suicidarme también. —La voz de Lucas se suavizó—. Pero luego empezaste el podcast. Crímenes Olvidados. Y vi cómo te hacías millonario contando historias de muerte. De familias destruidas. De víctimas que nunca encontraron paz. Todo empaquetado con música dramática y anuncios de mierda.

Se acercó más. Estaban a un metro de distancia.

—Y entonces lo entendí. Mi propósito. Iba a terminar el trabajo de mi padre. Pero no como él. Yo no escogería víctimas al azar. Yo imitaría los casos que tú contabas. Convertiría tu podcast en un arma. Cada episodio, un asesinato. Cada historia que vendiste, una muerte real. Para que sintieras lo que yo sentí. Para que cargaras con la culpa.

—No puedes culparme de lo que has hecho. —La voz de Sendino era un susurro—. Esos asesinatos son tuyos. Solo tuyos.

—¿En serio? —Lucas inclinó la cabeza—. ¿Y quién les dio las ideas? ¿Quién describió cada detalle con precisión quirúrgica? Cristina

Campos, estrangulada exactamente como en 1998. El comisario Ruiz, veintisiete puñaladas. Héctor Villar, golpeado como Ernesto Palacios lo habría hecho. Yo solo seguí tu guion, Marcos. Tú escribiste esto. Yo lo ejecuté.

En el sótano, Oriol no aguantaba más.

—Prepárense para entrar. —Susurró a su equipo—. En mi señal.

Pero antes de que pudiera dar la orden, Lucas sacó algo del bolsillo. Un móvil. Lo activó. En la pantalla, un temporizador.

—Sé que estás ahí, inspector Oriol. Francotiradores en los tejados. Equipos en el sótano. Todo muy profesional. —Lucas sonrió a la oscuridad—. Pero si alguien se mueve antes de que yo termine de hablar, este detonador activa cuatro cargas de C4 que he colocado en edificios residenciales de Vallecas. En pisos de cuatro de los once nombres restantes de la lista de Palacios. Familias enteras morirán. Niños. ¿Estás dispuesto a arriesgar eso?

Oriol maldijo en voz baja. Podía estar mintiendo. Pero ¿y si no?

—No se muevan. —Ordenó por el canal—. Repito: nadie se mueve.

Lucas volvió su atención a Sendino.

—Ahora, hablemos de Marina Vega. Porque ese es el verdadero regalo que tengo para ti esta noche, Marcos. Y para el inspector Oriol, que ha dedicado quince años a buscarla.

Miró directamente hacia donde sabía que había cámaras térmicas apuntándolo.

—Inspector, ¿quiere saber dónde está enterrada Marina? ¿Quiere cerrar finalmente ese caso que arruinó su vida?

Oriol sintió que el corazón se le detenía.

—Le diré exactamente dónde. Y le diré por qué su muerte importa más de lo que imagina. Porque Marina no fue una víctima al azar. Estaba conectada con todo desde el principio.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Sendino sonaba rota.

—Marina Vega era hija de Carmen Robles. —Lucas dejó caer la bomba con calma—. La primera víctima del Estrangulador en 1998. Carmen tenía una hija de once años cuando mi padre la mató. Esa niña fue a un orfanato. Cambió de apellido. Creció sin saber quién mató a su madre. Y once años después, mi padre la reconoció caminando por la misma calle donde había matado a Carmen.

Oriol procesaba la información a velocidad de vértigo. Revisó mentalmente los archivos. Carmen Robles... ¿tenía hijos? ¿Por qué no lo recordaba?

—Mi padre dijo que era el destino. —Lucas continuó—. Que la hija había vuelto a la escena del crimen de su madre sin saberlo. Y decidió cerrar el círculo. Madre e hija. Ambas muertas por las mismas manos. Con once años de diferencia.

—Eres un monstruo. —Sendino retrocedía—. Tú y tu padre. Monstruos.

—Quizá. —Lucas no lo negó—. Pero al menos nosotros no nos lucramos con la miseria ajena. No convertimos el dolor en entretenimiento. No nos hacemos ricos vendiendo anuncios entre descripciones de cómo murió alguien.

Guardó el móvil.

—He terminado. Inspector Oriol, las coordenadas donde está enterrada Marina Vega están en un pendrive que dejé pegado bajo la silla. También hay un mapa detallado de mi padre. Documentó cada asesinato. Cada víctima. Las ocho. Marina incluida. Todo lo que necesita para cerrar los casos.

Se giró hacia Sendino una última vez.

—Y tú, Marcos, ahora tienes la historia definitiva. El episodio final de Crímenes Olvidados. El presentador que creó a un asesino. El heredero que completó el legado de su padre. Vas a ser más famoso que nunca. Millones de oyentes querrán escuchar cómo te sientes. Cómo vives con esto.

Sendino lloraba abiertamente ahora.

—¿Por qué? ¿Por qué hacer todo esto?

—Porque necesitabas entender. —Lucas caminó hacia la oscuridad—. Necesitabas sentir lo que yo sentí. La culpa. El peso. La certeza de que tus acciones mataron a alguien. Y ahora lo sabes. Cristina Campos, el comisario Ruiz, Héctor Villar... sus muertes están en tus manos tanto como en las mías.

Desapareció entre las sombras.

—¡Ahora! —Oriol gritó—. ¡Todos los equipos! ¡Arresten a ese hijo de puta!

Salieron en tromba del sótano. Luces. Gritos. Agentes corriendo. Pero cuando llegaron al espacio donde había estado Lucas, solo encontraron la silla vacía.

Y debajo, pegado con cinta adhesiva, un pequeño pendrive negro.

Lucas Sanz se había esfumado.

Los francotiradores reportaban: salió por el tejado. Saltó a un edificio adyacente. Perdido en el laberinto de Tetuán.

Oriol recogió el pendrive con manos temblorosas. Esto era lo que llevaba quince años buscando. Respuestas sobre Marina. Pero el precio...

Sendino estaba arrodillado en el suelo, sollozando. Laura y Damián habían entrado corriendo y lo rodeaban, intentando calmarlo. Pero no había consuelo posible.

Lucas tenía razón en una cosa: Sendino viviría el resto de su vida cargando con esa culpa.

Oriol subió al coche patrulla. Conectó el pendrive a su portátil. Dentro había docenas de archivos. Fotos. Documentos. Y un archivo de texto llamado "MARINA_VEGA.txt".

Lo abrió con dedos temblorosos.

*«Coordenadas: 40.4789° N, 3.6891° W
Parcela abandonada, antigua zona industrial de Tetuán.
Enterrada a 2 metros de profundidad.
Fecha de muerte: 17 de octubre de 2009, 23:47h.
Causa: estrangulamiento manual.
Ejecutor principal: Julián Sanz Mendoza.
Cómplice: Lucas Sanz Ordóñez (menor de edad en ese momento).

Nota: Guardo este registro no por arrepentimiento, sino por documentación. Algún día, alguien necesitará saber la verdad completa. Y cuando ese día llegue, quiero que sepan que no actué solo. Que mi hijo es tanto víctima como victimario. Que lo destruí antes de destruirme a mí mismo.

Julián Sanz, febrero de 2012.»*

Oriol leyó el texto tres veces. Luego llamó a la Científica.

—Necesito un equipo de excavación. Ahora. Tengo coordenadas para Marina Vega.

Mientras daba las instrucciones, una parte de él sentía alivio. Finalmente iba a encontrarla. Iba a llevarla a casa. Iba a cerrar el caso.

Pero otra parte, más profunda, sentía solo vacío. Porque la respuesta no cambiaba nada. Marina seguía muerta. Julián Sanz estaba muerto. Y Lucas Sanz había desaparecido en la noche como el fantasma que su padre había sido.

El juego no había terminado. Solo estaban en el intermedio.

Tres horas después, bajo los focos de la Científica, encontraron el cuerpo de Marina Vega exactamente donde Lucas había dicho. Envuelta en plástico. Preservada por la tierra fría. Quince años esperando.

Oriol se quedó de pie junto a la excavación mientras los forenses trabajaban. No lloró. Había gastado todas sus lágrimas años atrás. Solo sintió un cansancio profundo.

Su móvil vibró. Mensaje de un número desconocido:

«Inspector Oriol, espero que encuentre paz con Marina. Usted no tuvo la culpa. Yo sí. Mi padre también. Pero nunca usted. Gracias por dedicar tanto tiempo a buscarla. Eso dice mucho sobre quién es.

Los once nombres restantes están seguros por ahora. No hay bombas. Mentí. Pero necesitaba tiempo para escapar.

Nos volveremos a ver. Cuando menos lo espere. Porque aún no he terminado con Marcos Sendino.

Hasta pronto,
Lucas Sanz.»

Oriol guardó el móvil. Miró al cielo nocturno de Madrid. Las estrellas apenas visibles por la contaminación lumínica.

Lucas Sanz seguía libre. Y el caso, lejos de cerrarse, acababa de abrirse de nuevo.

Pero al menos Marina volvía a casa.

Al menos esa deuda estaba pagada.

CAPÍTULO 8

Tres días después del hallazgo del cuerpo, Madrid amaneció bajo un manto de titulares sensacionalistas.

EL PAÍS: *"Presentador de podcast vinculado a serie de asesinatos que imitan sus episodios"*

EL MUNDO: *"El True Crime se vuelve real: tres muertos en caso del 'Heredero'"*

ABC: *"Localizan cuerpo de Marina Vega tras 15 años: hijo de presunto asesino en serie confiesa"*

Oriol no había dormido más de cuatro horas en los últimos tres días. La Jefatura Superior se había convertido en un circo mediático. Periodistas acampando en la entrada. Cámaras de televisión. Peticiones de entrevistas que rechazaba sistemáticamente. El comisario Heredia había dado una rueda de prensa el día anterior, controlando la narrativa: caso activo, sospechoso identificado, búsqueda nacional en curso. Las palabras precisas que no decían nada.

Pero la realidad era más compleja.

Lucas Sanz había desaparecido completamente. Sin rastro en cámaras. Sin uso de tarjetas de crédito. Sin actividad en redes sociales. Como si se hubiera disuelto en el aire. Los equipos habían registrado su último domicilio conocido —una habitación alquilada en Carabanchel— pero estaba vacía excepto por ropa vieja y una cama deshecha. Nada útil. Nada que diera pistas.

La orden de búsqueda era nacional. Su foto en todos los aeropuertos, estaciones de tren, pasos fronterizos. Pero Oriol sabía que Lucas no había huido. Estaba en Madrid. Esperando. Observando. Planeando su siguiente movimiento.

Porque no había terminado con Sendino.

El funeral de Marina Vega se celebró un viernes gris de noviembre en el cementerio de La Almudena. Asistieron cuarenta personas. Familiares lejanos que apenas la recordaban. Antiguos compañeros de la universidad. Algunos curiosos que habían seguido el caso en las noticias. Y Oriol.

Se quedó al fondo, lejos del grupo principal, fumando bajo un ciprés. No tenía derecho a estar cerca. No la había salvado. Solo la había encontrado quince años tarde.

La ceremonia fue breve. Un cura leyó un salmo. Una prima lejana dio un discurso insípido sobre cómo Marina era "una chica alegre con toda la vida por delante". Palabras vacías que no capturaban nada de quién había sido realmente. Pero ¿cómo podían? La mayoría no la había conocido. Solo conocían la historia: la estudiante desaparecida. El misterio sin resolver. El fantasma que ahora finalmente descansaba.

Cuando bajaron el ataúd, Oriol sintió algo quebrándose en su pecho. No lloró. Hacía años que no podía. Pero sintió el peso de quince años de fracaso depositándose sobre sus hombros como cemento húmedo.

Elena estaba allí. Su exmujer. De pie al otro lado de las tumbas, mirándolo. No se habían hablado desde el divorcio en 2015. Nueve años de silencio. Pero cuando sus ojos se encontraron, algo pasó entre ellos. Un reconocimiento. Una tristeza compartida.

Después de la ceremonia, mientras todos se dispersaban, Elena se acercó.

—Javi.

—Elena.

Llevaba el pelo más corto ahora. Algunas canas que no se molestaba en ocultar. Cuarenta y seis años bien llevados. Ropa elegante pero sobria. Una vida que había continuado sin él.

—Leí sobre el caso. —Su voz era suave—. Finalmente la encontraste.

—Quince años tarde.

—Pero la encontraste. Eso cuenta.

Oriol no respondió. Encendió otro cigarrillo. Elena lo observaba con esa expresión que conocía tan bien: preocupación mezclada con resignación.

—¿Estás bien?

—Define bien.

—Javi...

—Estoy trabajando en el caso. Eso es todo lo que importa ahora.

Elena asintió despacio. Sabía que era inútil insistir. Siempre lo había sido.

—Tienes que dejar de castigarte. Lo que le pasó a Marina no fue culpa tuya. No podías saberlo. No podías salvarla.

—Podía haber investigado mejor. Más profundo. Conectar los puntos con el Estrangulador del 98. Si hubiera...

—No. —Elena lo interrumpió con firmeza—. No hagas eso. No conviertas su muerte en otra carga que llevar. Ya llevas suficientes.

Se miraron en silencio. El viento movía las hojas secas entre las tumbas. A lo lejos, el tráfico de Madrid rugía indiferente.

—¿Tienes a alguien? —preguntó Elena de repente.

—¿Alguien?

—Una pareja. Alguien con quien hablar. Alguien que se preocupe por ti.

Oriol casi rio. La idea le parecía absurda.

—No tengo tiempo para eso.

—Nunca lo tuviste. —No había rencor en su voz. Solo tristeza—. Por eso me fui, Javi. Porque siempre había un caso más importante. Siempre una víctima que necesitaba más atención que tu esposa.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque no sé si realmente entiendes lo que perdiste. Lo que sacrificaste.

Oriol la miró. Quiso decir algo. Disculparse quizá. Explicar que no había sido personal. Que simplemente no sabía cómo ser otra cosa que no fuera el inspector obsesionado con los casos sin resolver. Pero las palabras no llegaron.

Elena suspiró.

—Cuídate, Javi. De verdad. Y cuando atrapes a ese tipo... —Señaló con la cabeza hacia la tumba de Marina—. Tómate un descanso. Por favor. Antes de que termine de destruirte.

Se alejó caminando entre las lápidas. Oriol la vio marcharse hasta que desapareció tras el edificio del crematorio. Luego se giró hacia la tumba de Marina. La tierra fresca. Las flores ya marchitándose.

—Lo siento. —Susurró a la nada—. Debí encontrarte antes.

El viento no respondió.

Marcos Sendino no había salido de su apartamento en tres días.

Oriol lo visitó esa misma tarde, acompañado por Lucía Tamayo. Los agentes de vigilancia reportaban que Sendino solo abría la puerta para recibir comida a domicilio. No respondía llamadas. No actualizaba redes sociales. El podcast había cancelado todos sus episodios programados con una breve nota: *"Crímenes Olvidados se toma un descanso indefinido por circunstancias personales."*

Laura Ibáñez les abrió la puerta. Tenía aspecto agotado.

—Gracias por venir. Estoy preocupada. No come. Apenas duerme. Y ayer... —Bajó la voz—. Ayer encontré pastillas en el baño. Ansiolíticos. Una caja entera vacía. No sé si se las tomó o las tiró.

Oriol entró. El apartamento estaba a oscuras, cortinas cerradas. Olía a encierro y depresión. Sendino estaba sentado en el sofá, en la misma posición que hacía tres días. Sin afeitar. Ojos hundidos. La personificación del colapso mental.

—Señor Sendino. —Oriol se sentó frente a él—. Necesito hablar con usted.

Sendino lo miró con ojos vidriosos.

—¿Para qué? Ya sabe todo. Lucas me lo contó. Yo maté a esa gente tanto como él. Mis palabras fueron el arma.

—No. Lucas eligió matar. Usted escribió artículos y grabó podcasts. Hay una diferencia.

—¿La hay? —Sendino rio sin humor—. He estado pensando en eso durante días. ¿Dónde está la línea? Cuando escribí sobre Julián Sanz, sabía que lo estaba destruyendo. Sabía que sin pruebas concretas, lo estaba condenando en el tribunal de la opinión pública. Pero lo hice igual porque era una buena historia.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Abrió las cortinas ligeramente. La luz del atardecer entró como un cuchillo.

—Y el podcast... —Continuó—. Cada episodio es lo mismo. Tomo el peor día de la vida de alguien, la peor tragedia, y la convierto en entretenimiento. Les pongo música dramática. Pausas estudiadas. Cliffhangers. Como si fuera una serie de Netflix y no vidas reales destrozadas.

—Usted documenta crímenes. —Lucía intervino—. Mantiene viva la memoria de las víctimas. Eso tiene valor.

—¿De verdad? —Sendino se giró bruscamente—. ¿O solo me digo eso para dormir por las noches? Porque tengo dos millones de oyentes que escuchan cómo murieron esas víctimas mientras van al gimnasio o hacen la compra. ¿Eso es mantener viva su memoria o es explotarlas?

Oriol entendía ese sentimiento. Él también había pasado años cuestionándose su trabajo. Cada caso sin resolver era un fracaso personal. Cada víctima que no podía salvar lo carcomía. Marina lo había casi destruido. Este caso con Lucas Sanz era solo la última vuelta de tuerca.

—Lucas va a volver. —Oriol cambió de tema—. No ha terminado con usted. Lo dijo claramente. Y cuando lo haga, necesito que esté preparado.

—¿Preparado para qué? ¿Para morir? —Sendino volvió al sofá—. Quizá eso sea lo que merezco. Cerrar el círculo. El presentador se convierte en la víctima final de su propio podcast. Justicia poética.

—No hable así. —Laura se acercó—. Marcos, escúchame. No vas a dejar que ese psicópata gane. No vas a rendirte.

—Ya ganó. El día que maté a su padre con mis artículos, ganó. Todo lo demás es solo consecuencia.

Oriol se levantó. Esta conversación no iba a ningún lado. Sendino estaba demasiado hundido en su culpa como para ser razonable. Necesitaba tiempo. O terapia. O ambas cosas.

—Voy a dejar vigilancia permanente. —Le dijo a Laura—. Y quiero que me llame si su estado empeora. Si hay indicios de autolesión, lo internamos. ¿Entendido?

Laura asintió, preocupada.

Oriol y Lucía salieron del apartamento. En el pasillo, ella habló en voz baja:

—No va a aguantar mucho más. He visto ese tipo de colapso antes. O se recupera en las próximas semanas o...

—O se suicida. Lo sé. —Oriol bajó las escaleras—. Pero no puedo obligarlo a vivir. Solo puedo intentar atrapar a Lucas antes de que termine el trabajo.

Llegaron al coche. El móvil de Oriol vibró. Crespo.

—Jefe, tenemos algo. Las cámaras de la estación de Atocha captaron a alguien que coincide con la descripción de Lucas. Hace dos horas. Compró un billete de tren.

—¿Destino?

—Barcelona.

Barcelona. Oriol procesó la información rápido. ¿Por qué Barcelona? Y entonces lo recordó: el Episodio 23. *La Muerte del Coleccionista*. Roberto Maldonado. Barcelona, 2003.

—¿Compró solo ida?

—Solo ida. Y pagó en efectivo. Salió en el tren de las 16:45. Llega a Barcelona Sants a las 19:17.

Oriol miró su reloj. 18:34. Lucas ya estaba casi llegando.

—Llama a los Mossos d'Esquadra. Quiero a alguien esperándolo en la estación. Descripción completa. Y manda la foto. No lo pierdan.

—Ya lo he hecho. Están en posición.

Oriol subió al coche y arrancó. Lucía lo miraba.

—¿Vamos a Barcelona?

—No. —Oriol negó con la cabeza—. Es una distracción. Lucas no va a Barcelona. Está jugando con nosotros. Quiere que pensemos que ha huido. Que estamos buscando en el lugar equivocado mientras él hace otra cosa aquí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque todo lo que ha hecho ha sido teatro. Cada nota. Cada asesinato. Cada detalle calculado. No va a huir antes de terminar su obra. Y su obra es Sendino.

Condujo de regreso a la comisaría. Tenía que revisar de nuevo todo. Cada comunicación de Lucas. Cada detalle del caso. Había algo que se le estaba escapando. Una pieza que no encajaba.

Llegaron a Jefatura a las siete de la tarde. La sala de investigación estaba casi vacía. Solo Crespo trabajando en su escritorio, rodeado de papeles y pantallas.

—Noticias de Barcelona. —Levantó la vista—. Bajó del tren. Los Mossos lo tenían localizado. Pero cuando fueron a interceptarlo en la salida... desapareció. Cámaras lo pierden en una zona de obras. Como si supiera exactamente dónde estaban los puntos ciegos.

Por supuesto. Lucas había estudiado todo. Conocía procedimientos policiales mejor que muchos agentes. Hijo de policía. Criado en ese mundo.

Oriol se sentó y abrió su portátil. Revisó por enésima vez las notas que Lucas había dejado. Buscaba patrones. Referencias ocultas. Cualquier cosa que diera pista de su próximo movimiento.

Y entonces lo vio.

En la primera nota, la que dejó en casa de Cristina Campos:

"Gracias por mantener viva la llama. Gracias por recordarles quiénes fueron los olvidados."

En la segunda, en casa del comisario Ruiz:

"Veintisiete puñaladas por veintisiete años de silencio."

En la tercera, en casa de Héctor Villar:

"Los once nombres restantes caerán uno por uno. Pero antes... antes necesito hablar contigo, Marcos."

Y finalmente, la que escribió en el mensaje después de la confrontación en la nave:

"Aún no he terminado con Marcos Sendino."

Siempre Marcos. Siempre personal. Como si Lucas y Sendino tuvieran una conexión más profunda que solo los artículos de 2012.

Oriol abrió una nueva búsqueda. Revisó toda la biografía de Sendino. Nacido en Oviedo, 1986. Familia clase media. Estudió en Madrid. Universidad Complutense, carrera de Periodismo. Empezó a trabajar en *El Mundo* en 2008.

2008.

Un año antes de la desaparición de Marina Vega.

Oriol siguió leyendo. Sendino trabajaba en la sección de sucesos. Cubría crímenes. Y en 2009...

Encontró el artículo. Pequeño. En una esquina de la página 23.

"Desaparece estudiante de medicina en Tetuán"
Por Marcos Sendino

La Policía Nacional busca a Marina Vega, 23 años, estudiante de cuarto año de Medicina, desaparecida desde el pasado sábado en el barrio de Tetuán. Su familia pide colaboración ciudadana...

Sendino había cubierto la desaparición de Marina. Había escrito sobre ella. No mucho, solo ese artículo inicial y un seguimiento una semana después. Pero lo había hecho.

¿Y si Lucas sabía eso?

¿Y si había elegido a Sendino no solo por los artículos sobre su padre, sino porque Sendino también había escrito sobre Marina? ¿La víctima en la que Lucas había participado directamente?

La conexión era más profunda de lo que Oriol había pensado.

Su móvil sonó. Número desconocido. Su pulso se aceleró.

—Oriol.

—Inspector. —La voz de Lucas Sanz, calmada como siempre—. Veo que está trabajando tarde. Admirable dedicación.

Oriol hizo señas frenéticas a Crespo para que rastreara la llamada.

—¿Dónde estás, Lucas?

—Cerca. Siempre cerca. —Una pausa—. ¿Ha encontrado paz con Marina? Espero que sí. Ella merecía descansar.

—Entrégate. Esto no tiene que terminar mal.

—¿No? —Lucas rio suavemente—. Inspector, esto siempre iba a terminar mal. Desde 1998, cuando mi padre mató a la primera mujer. O desde 2009, cuando me obligó a ayudarlo con Marina. O

desde 2012, cuando Sendino escribió esos artículos y mi padre se voló los sesos. Todo ha sido una caída en espiral. Solo estoy llegando al final.

—¿Qué final?

—El episodio final. El que cierra toda la serie. —Otra pausa—. ¿Sabe cuántos episodios ha grabado Sendino en total? Ciento doce. Un número bonito. Pero le falta uno. El ciento trece. El que cuenta su propia historia. Cómo el presentador de true crime se convirtió en parte del crimen. Y yo voy a ser quien escriba ese episodio final.

—No te acerques a él. Está protegido.

—Lo sé. Dos agentes en el portal. Cámaras en el edificio. Pero inspector... ya aprendí que la mejor forma de llegar a alguien no es por la fuerza. Es por invitación.

La llamada se cortó.

Oriol miró a Crespo.

—¿Lo rastreaste?

—Señal rebotada por tres torres. Triangulación imprecisa. Pero está en el centro de Madrid. Radio de dos kilómetros desde Sol.

Dos kilómetros. Podía estar en cualquier parte.

Oriol marcó el número de los agentes que vigilaban a Sendino.

—¿Todo bien ahí?

—Todo tranquilo, inspector. Sendino no ha salido. Nadie ha intentado entrar.

—Redoblen la vigilancia. Y no le pierdan de vista ni un segundo.

Colgó. Miró el reloj. 19:43.

Lucas iba a moverse esta noche. Lo sentía. Todo el teatro de Barcelona había sido para distraerlos. Para que bajaran la guardia. Pero Oriol no iba a caer.

—Crespo, Lucía, nos quedamos aquí. Turnos de cuatro horas. Alguien tiene que estar despierto vigilando la situación de Sendino en todo momento. Si Lucas se mueve, lo sabremos.

Prepararon café. Mucho café. Iba a ser una noche larga.

Y mientras Madrid se hundía en la oscuridad de noviembre, en algún lugar de la ciudad, Lucas Sanz también se preparaba.

Para el acto final.

Para el episodio que cerraría todo.

El último crimen olvidado.

CAPÍTULO 9

Eran las 2:47 de la madrugada cuando el móvil de Marcos Sendino vibró sobre la mesilla de noche.

Laura dormía en el sofá del salón, exhausta después de tres días cuidándolo. Los agentes de vigilancia hacían su ronda habitual por el edificio. Todo tranquilo. Todo bajo control.

Sendino no dormía. No había dormido realmente en días. Solo períodos de inconsciencia interrumpidos por pesadillas donde veía los rostros de Cristina Campos, el comisario Ruiz, Héctor Villar. Todos acusándolo. Todos preguntándole por qué.

El teléfono vibró de nuevo.

Mensaje de un número desconocido.

"Marcos. Soy Lucas. No borres este mensaje. Lee hasta el final. Es importante."

Sendino se incorporó en la cama, el corazón acelerándose. Debería llamar a Oriol inmediatamente. Eso era el protocolo. Pero sus dedos ya estaban deslizando la pantalla para leer.

"Sé que quieres llamar a la policía. No lo hagas. Todavía no. Primero escucha lo que tengo que decir. Luego decides."

Otro mensaje llegó.

"Crees que mi venganza empezó con tus artículos de 2012. Pero no es así. Empezó mucho antes. En 2009."

2009. Marina Vega.

"Tú no solo escribiste UN artículo sobre Marina, Marcos. Investigaste su caso durante semanas. Hablaste con vecinos. Con compañeros de clase. Incluso llamaste a mi padre. ¿Lo recuerdas? Noviembre de 2009. Lo llamaste porque estabas siguiendo una corazonada: que la desaparición de Marina podía estar conectada con el Estrangulador del 98."

Sendino sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Sí. Lo recordaba. Vagamente, como un sueño borroso. Había sido un novato entonces, veintitrés años, desesperado por una gran historia. Cuando Marina desapareció, él había revisado casos antiguos, buscando patrones. Y había encontrado similitudes con las víctimas del Estrangulador.

"Mi padre entró en pánico cuando lo llamaste. Yo estaba allí, en casa, cuando sonó el teléfono. Oí toda la conversación. Tú preguntando sobre el caso del 98. Sobre si creía que el asesino podía haber vuelto. Mi padre mintió. Dijo que no. Que el Estrangulador probablemente había muerto. Pero después de colgar, me miró y supe la verdad."

Sendino recordaba ahora. Inspector Julián Sanz. Le había parecido evasivo durante la llamada. Incómodo. Pero entonces Sendino era demasiado joven para reconocer las señales. Había descartado esa línea de investigación. Pasó a otras cosas.

"Esa llamada lo aterró. Tres semanas después me dijo que teníamos que deshacernos del cuerpo de Marina. Que alguien estaba haciendo preguntas. Que éramos vulnerables. Así que lo movimos. Lo enterramos en el lugar donde Oriol finalmente lo encontró."

Otro mensaje.

"Durante dos años viví con eso. Con el miedo. Con la culpa. Con las pesadillas donde Marina me miraba mientras yo la sujetaba. Y entonces llegaste TÚ de nuevo. Marzo de 2012. Los artículos sobre mi padre. ¿Sabes lo que hiciste realmente, Marcos?"

Sendino no podía dejar de leer. Era como estar hipnotizado.

"No solo lo acusaste de ser el Estrangulador. Lo empujaste al borde. Él ya estaba destruido por dentro. La culpa. La paranoia. El miedo a ser descubierto. Y tus palabras fueron la última gota. La nota de suicidio que dejó no decía 'No puedo vivir siendo el monstruo que todos creen que soy'. Eso es lo que le dije a Oriol. Pero mentiré."

Pausa larga. Sendino esperaba, conteniendo la respiración.

"La nota real decía: 'Sendino tenía razón. Soy un monstruo. Y estoy arrastrando a mi hijo conmigo. Lucas, perdóname. Cuando leas esto, ya habré pagado mi deuda.'"

Las manos de Sendino temblaban tanto que casi deja caer el teléfono.

"Mi padre se suicidó no por vergüenza. Se suicidó para protegerme. Para que yo pudiera tener una vida normal. Pero no funcionó. Porque después de su muerte, Asuntos Internos revisó todo. Encontraron irregularidades. Filtraciones. Y empezaron a hacer preguntas sobre casos sin resolver. Incluida Marina."

"Me interrogaron en 2013. Yo tenía 21 años. Me preguntaron si sabía algo sobre Marina Vega. Si mi padre había mencionado el caso. Casi me derrumbé. Casi confesé. Pero no lo hice. Y cerraron la investigación por falta de pruebas."

"Me enviaron a terapia obligatoria. Diagnóstico: TEPT severo por la muerte traumática del padre. Pasé 18 meses en instituciones. Medicado. Observado. Cuando salí en 2015, decidí desaparecer. Cambié de identidad informalmente. Trabajos en negro. Sin rastro digital. Viviendo en las sombras."

Ahí estaba la respuesta. Por qué Lucas había esperado doce años. Había estado roto. Institucionalizado. Reconstruyéndose.

"Durante años solo sobreviví. Sin propósito. Sin futuro. Hasta 2020. Cuando lanzaste el podcast."

"Crímenes Olvidados. Lo descubrí por casualidad. Oí tu voz en un anuncio. La misma voz que había llamado a mi padre once años antes. La misma voz que escribió los artículos que lo mataron. Y ahora estabas convirtiéndote en estrella contando historias de muerte."

"Al principio solo te odiaba. Pero luego empecé a escuchar. Episodio tras episodio. Y entendí algo: tú eras la pieza perfecta. El narrador perfecto para mi historia. Porque si yo completaba los crímenes que contabas, si convertía tus palabras en acciones reales, entonces TÚ te convertirías en cómplice. TÚ cargarías con la culpa igual que yo."

"Así que esperé. Planeé. Y cuando publicaste el Episodio 47 sobre el Estrangulador de Chamberí, supe que era el momento. Había llegado la hora de cerrar todos los círculos."

Sendino estaba llorando sin darse cuenta. Lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas.

"Ahora llegamos al final, Marcos. El Episodio 113. El que nunca planeaste grabar. El que cuenta TU historia. Cómo un periodista ambicioso destruyó a un hombre y creó a un monstruo."

"Y aquí está lo que va a pasar: Vas a grabar ese episodio. Conmigo. Una conversación final. Tú confesando tu papel. Yo confesando el mío. Todo documentado. Todo honesto. Y luego lo subiremos. Para que dos millones de oyentes escuchen la verdad completa."

"Si aceptas, nadie más muere. Los once nombres de la lista de Palacios viven. Yo me entrego después de la grabación. Y ambos finalmente tenemos paz."

"Si te niegas, o si llamas a la policía ahora, desaparezco. Y cada semana, durante once semanas, uno de esos nombres cae. Once

familias destruidas porque tú no tuviste el coraje de enfrentar la verdad."

"Tienes 24 horas para decidir. Te contactaré mañana a las 3 AM con instrucciones. Ven solo. Sin Oriol. Sin Laura. Sin nadie. Solo tú, tu equipo de grabación, y tu conciencia."

"Piénsalo bien, Marcos. ¿Quieres ser recordado como el presentador que creó a un asesino? ¿O como el hombre que tuvo el coraje de confesarlo?"

"Nos vemos pronto."

El teléfono quedó en silencio.

Sendino se quedó inmóvil, mirando la pantalla. Veinticuatro horas. Un ultimátum.

Debería llamar a Oriol. Eso era lo lógico. Lo correcto. Pero parte de él —la parte que siempre había buscado la historia perfecta, el episodio definitivo— sabía que Lucas tenía razón.

Esta era SU historia. Y necesitaba ser contada.

Se levantó de la cama. Caminó hasta el estudio donde grababa el podcast. El micrófono. La mesa de mezclas. El espacio donde había grabado ciento doce episodios contando crímenes ajenos.

¿Podría grabar uno sobre sí mismo?

Oyó movimiento en el salón. Laura despertando. Tenía que decidir rápido: ¿contarle? ¿Llamar a Oriol? ¿O...?

Su móvil vibró de nuevo. Un último mensaje de Lucas:

"PD: Sé que estás pensando en contarle a Oriol. Adelante. Él montará un operativo. Intentará atraparme durante la grabación. Pero piensa en esto: ¿Realmente quieres que esta historia termine con un tiroteo policial? ¿O quieres que termine con la verdad?"

"Tú decides, Marcos. Pero recuerda: eres periodista. Y los buenos periodistas no tienen miedo a la verdad. Incluso cuando la verdad duele."

A las 3:15 AM, el móvil de Oriol sonó.

Era uno de los agentes vigilando a Sendino.

—Inspector, tenemos movimiento. Sendino acaba de salir del apartamento. Con equipo de grabación. Laura Ibáñez intentó detenerlo pero la apartó. Dice que tiene que hacer algo. Que es importante.

—¡Deténganlo! —Oriol ya estaba levantándose, buscando su arma—. ¡No lo pierdan de vista!

—Ya va en su coche. Dirección... no está claro. ¿Lo seguimos?

—¡Sí, joder! ¡Y no lo pierdan!

Oriol colgó y llamó a Crespo.

—Sendino se mueve. Activa el rastreador GPS del coche. Quiero su posición en tiempo real.

Minutos después, Crespo enviaba la ubicación. El coche de Sendino se dirigía hacia... Tetuán. La zona donde Marina había desaparecido. Donde el Estrangulador había operado.

—Mierda. Lucas lo contactó. —Oriol se vestía a toda prisa—. Prepara todos los equipos. Vamos para allá. Ahora.

En la sala de operaciones, el caos controlado. Crespo coordinando. Lucía preparando perfiles. Equipos de asalto listos. Pero todos sabían que iban a ciegas.

No sabían dónde exactamente.

No sabían qué había prometido Lucas.

No sabían si Sendino era víctima o colaborador voluntario.

El GPS mostraba el coche de Sendino deteniéndose. Calle Bravo Murillo. A doscientos metros de donde Carmen Robles —la primera víctima del Estrangulador, la madre de Marina— había sido asesinada en 1998.

Los círculos se cerraban.

Oriol subió al coche con Crespo y tres agentes más. Lucía iba en otro vehículo con el equipo de asalto. Salieron con sirenas apagadas, sin luces. Sigilo absoluto.

El tráfico era inexistente a esa hora. Llegaron a Tetuán en doce minutos.

El coche de Sendino estaba aparcado frente a un edificio abandonado. Antiguo bloque de viviendas, condenado desde 2018, esperando demolición. Ventanas tapiadas. Puerta principal sellada con tablones.

Pero uno de los tablones estaba arrancado. Entrada reciente.

Oriol bajó del coche. El aire de noviembre era helado. Madrid dormía excepto por el grupo de policías preparándose para entrar en un edificio fantasma donde un asesino esperaba con su creador involuntario.

—Equipos en posición. —Crespo susurraba por el canal—. Tres salidas: principal, lateral, tejado. Todas cubiertas.

Oriol se acercó a la entrada. Pudo oír algo desde dentro. Una voz. Amplificada. Como...

Como un podcast grabándose en directo.

La voz de Marcos Sendino:

"...y esto es Crímenes Olvidados. Episodio ciento trece. El último episodio. Esta noche no voy a contarles una historia ajena. Voy a contarles la mía. Cómo un periodista ambicioso persiguió la verdad sin medir las consecuencias. Y cómo esa búsqueda creó al hombre que está sentado frente a mí ahora mismo..."

Oriol entró despacio, arma en alto. Subió las escaleras oscuras guiándose por la voz. Segundo piso. Una puerta abierta al fondo del pasillo. Luz de velas dentro.

Se acercó. Y desde el umbral, vio la escena:

Sendino sentado en una silla, con su micrófono portátil. Grabadora digital sobre una mesa improvisada. Y frente a él, a dos metros de distancia, Lucas Sanz. Sin armas visibles. Solo mirándolo. Escuchando.

Oriol apuntó con su arma.

—Lucas Sanz, estás arrestado. Manos donde pueda verlas.

Lucas no se movió. Ni siquiera pareció sorprendido.

—Inspector Oriol. Justo a tiempo. —Sonrió levemente—. Sabía que vendría. Sendino no pudo resistirse a contarle. Los buenos periodistas nunca pueden guardar secretos.

—Lucas... —Sendino empezó.

—Está bien, Marcos. Lo entiendo. —Lucas se levantó despacio, manos en alto—. Pero terminemos esto correctamente. Has empezado a grabar. Termina el episodio. Cuenta la historia completa. Con el inspector aquí como testigo. Que la verdad quede registrada.

Oriol no bajó el arma.

—No vas a grabar nada. Vas a venir conmigo. Ahora.

—¿Y si me niego? —Lucas inclinó la cabeza—. ¿Me dispara? ¿Delante de Sendino? ¿Delante de las cámaras que he instalado? —Señaló discretamente hacia las esquinas—. Esto se está transmitiendo en directo, inspector. A una cuenta privada, sí. Pero todo quedará guardado. La confrontación final. La verdad completa.

—Estás mintiendo.

—¿Lo estoy? —Lucas sacó su móvil lentamente—. Pantalla bloqueada con reconocimiento facial. Si me arresta, puedo activar con mi cara la transmisión pública. Dos millones de oyentes viendo cómo la policía interrumpe la verdad. O...

Hizo una pausa.

—O puede bajar el arma. Sentarse. Y escuchar. Treinta minutos. Déjeme y Sendino terminar esta conversación. Grabar el episodio final. Y cuando terminemos, me entrego pacíficamente. Sin violencia. Sin más muertes. Solo verdad.

Oriol miraba a Sendino. El presentador tenía lágrimas corriendo por su rostro, pero también determinación.

—Inspector. —Su voz salió clara pese a todo—. Necesito hacer esto. Necesito que la gente sepa lo que hice. Cómo contribuí a esto. Y Lucas... Lucas merece contar su versión también.

—No voy a dejar que esto se convierta en un circo mediático.

—No lo es. —Lucas bajó las manos despacio—. Es justicia. La única justicia que ambos tendremos. Marcos carga con su culpa públicamente. Yo confieso mis crímenes. Y usted... usted consigue resolver el caso. Sin tiroteos. Sin más víctimas.

Oriol calculaba opciones. Podía dispararle ahora. Arrestarlo por la fuerza. Pero si Lucas decía la verdad sobre las cámaras, sobre la transmisión...

—Diez minutos. —Oriol bajó el arma pero no la enfundó—. Terminen su maldito episodio. Pero si haces un solo movimiento sospechoso, te pongo una bala en la rodilla. ¿Entendido?

Lucas asintió.

—Gracias, inspector. No lo lamentará.

Oriol hizo señas a Crespo por el canal: mantener posiciones pero no entrar. Luego se apoyó contra la pared, arma lista, observando.

Y mientras Madrid dormía ajena a todo, en un edificio abandonado de Tetuán, Marcos Sendino y Lucas Sanz grabaron el episodio final de Crímenes Olvidados.

Una confesión mutua.

Una verdad dolorosa.

El cierre que ambos necesitaban.

CAPÍTULO 10

La grabadora digital mostraba 00:00:47 en su pantalla verde. Marcos Sendino respiró hondo frente al micrófono. Sus manos temblaban ligeramente, pero su voz salió firme:

—Mi nombre es Marcos Sendino. Y durante cuatro años he ganado millones de euros contando historias sobre gente muerta. Historias que empaqueté con música dramática, pausas calculadas, y anuncios de colchones. Convertí la tragedia en entretenimiento. Y esta noche, voy a contarles cómo ese entretenimiento se convirtió en asesinato real.

Oriol permanecía apoyado contra la pared del fondo, el arma reglamentaria en la mano pero apuntando al suelo. Cinco metros lo separaban de Lucas Sanz, que estaba sentado frente a Sendino con expresión tranquila, casi serena. Como si esto fuera una entrevista normal y no una confesión vigilada por un inspector de homicidios.

Crespo susurraba por el canal desde fuera:

—Equipos en posición. ¿Entramos?

—Negativo. —Oriol respondió en voz baja—. Esperamos.

Lucas habló, su voz captada por el micrófono:

—Cuéntales sobre 2009, Marcos. Cuéntales sobre Marina Vega.

Sendino asintió despacio.

—Marina Vega desapareció el 17 de octubre de 2009. Yo tenía veintitrés años, llevaba un año trabajando en *El Mundo*. Era un

novato desesperado por mi primera gran historia. Y cuando Marina desapareció en Tetuán... vi una oportunidad.

Su voz se quebró ligeramente.

—Investigué. Más de lo que publiqué. Hablé con decenas de personas. Y encontré algo: similitudes entre la desaparición de Marina y las víctimas del Estrangulador de Chamberí de 1998. La edad. La zona. El perfil. Así que hice lo que cualquier periodista ambicioso haría: llamé a uno de los investigadores originales. El inspector Julián Sanz.

Lucas se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué te dijo mi padre?

—Me dijo que estaba equivocado. Que el Estrangulador probablemente había muerto. Que era solo coincidencia. —Sendino miraba fijamente a Lucas—. Pero yo no le creí del todo. Escribí notas. Guardé información. Pensé que algún día volvería a ese caso. Que sería la historia que me haría famoso.

—¿Y lo fue?

—No entonces. Me asignaron otros casos. Marina quedó sin resolver. Pasé a otras cosas. Pero guardé todo. Cada nota. Cada contacto. Cada corazonada. Porque los buenos periodistas nunca olvidan las historias que se les escapan.

Lucas sonrió sin humor.

—Y luego llegó 2012.

—Sí. —Sendino cerró los ojos—. Tu padre estaba siendo investigado por Asuntos Internos. Filtraciones menores, nada grave. Pero alguien me filtró la noticia. Un policía que conocía mi trabajo. Y me dijo algo más: que Julián Sanz siempre había sido sospechoso interno del caso del Estrangulador. Nunca con pruebas. Solo... intuición.

—¿Y escribiste los artículos sin pruebas?

—Escribí lo que las fuentes me contaron. —Sendino abrió los ojos, enfrentando la mirada de Lucas—. Y sí, insinué conexiones. Usé lenguaje cuidadoso pero acusatorio. "Sospechoso nunca investigado formalmente". "Acceso privilegiado a las escenas". "Comportamiento errático durante la investigación". Pinté un retrato sin decir directamente que tu padre era el Estrangulador. Pero cualquiera que leyera entre líneas lo entendería.

—¿Sabías lo que le harías?

—Sabía que le dolería. Sabía que su reputación sufriría. Pero... —Sendino tragó saliva—. Pero pensé que si era inocente, se defendería. Que la verdad saldría. Nunca imaginé que...

—¿Que se pegaría un tiro? —Lucas terminó la frase con frialdad—. Claro que no lo imaginaste. Porque para ti era solo una historia. Solo palabras en papel. No pensaste en el hombre detrás de esas palabras. Ni en su familia. Ni en su hijo de veinte años que tendría que vivir el resto de su vida sabiendo que el mundo entero cree que su padre era un monstruo.

El silencio era denso. Solo se oía el zumbido de la grabadora.

Oriol observaba, procesando cada palabra. Parte de él quería interrumpir, arrestar a Lucas ahora mismo, terminar esta farsa. Pero otra parte necesitaba escuchar. Necesitaba entender.

—Diles la verdad completa, Marcos. —Lucas se recostó en su silla—. Diles que después de la muerte de mi padre, seguiste investigando. Que no te conformaste con destruirlo. Querías confirmación. Querías la historia definitiva.

Sendino asintió lentamente.

—Contacté a Asuntos Internos. Les pregunté qué habían encontrado en la investigación de Julián Sanz. No me dieron detalles oficiales,

pero... un investigador me dijo extraoficialmente que habían encontrado algo. Fotos. En un archivador oculto en el sótano de tu padre. Fotos de escenas de crímenes. Algunas de las víctimas del 98. Y otras... otras de crímenes que nunca se habían reportado.

Oriol se tensó. Esto no estaba en los archivos oficiales.

—¿Cuántas fotos? —preguntó Lucas, su voz peligrosamente calmada.

—No me lo dijeron. Pero insinuaron que tu padre había seguido matando. De forma más cuidadosa. Más espaciada. Durante años.

—Ocho. —Lucas dijo el número como quien recita datos meteorológicos—. Ocho mujeres en total. Entre 1998 y 2009. La última fue Marina. Y en cada asesinato, mi padre documentaba. Fotografiaba. Guardaba recuerdos. Como trofeos.

Oriol anotaba mentalmente. Ocho víctimas. Necesitaba esas fotos. Necesitaba los nombres.

—¿Y tú sabías todo esto? —Sendino miraba a Lucas—. ¿Antes de que él muriera?

—No todo. —Lucas negó con la cabeza—. Descubrí las fotos cuando tenía quince años. Por accidente. Encontré el archivador buscando viejos álbumes familiares. Y vi... cosas que un niño no debería ver. Mujeres muertas. En sus casas. Estranguladas. Y reconocí los lugares. Los edificios. Las calles donde vivíamos.

Su voz se endureció.

—No lo confronté entonces. Tenía demasiado miedo. Simplemente guardé el secreto. Hasta que tres años después, cuando Marina... cuando él me obligó a participar.

—¿Te obligó? —La voz de Oriol cortó el aire—. ¿O aceptaste voluntariamente?

Lucas se giró hacia él por primera vez desde que empezó la grabación.

—¿Usted qué cree, inspector? ¿Un chico de diecisiete años puede decirle que no a su padre? ¿A un hombre que es policía, que lleva arma, que ya ha matado a siete personas? Yo estaba aterrorizado. Y cuando me lo pidió... cuando me ordenó sujetar a Marina mientras él la estrangulaba... yo obedecí. Como un perro. Como un cobarde.

Se levantó bruscamente de la silla. Oriol levantó el arma instintivamente.

—¡Quieto!

—Tranquilo, inspector. —Lucas alzó las manos—. Solo necesito... necesito moverme. Esta parte es difícil.

Caminó en círculos por la habitación. Las velas proyectaban sombras danzantes en las paredes descascaradas.

—Durante tres años viví con eso. Diecisiete a veinte años. Los años donde se supone que forjas tu identidad. Tus valores. Tu futuro. Y yo los pasé sabiendo que había ayudado a matar a una chica inocente. Que mis manos habían estado alrededor de su cuello. Que sus ojos me habían suplicado que parara. Y no lo hice.

Se detuvo frente a Sendino.

—Y entonces TÚ escribiste esos artículos. Y mi padre se mató. Y yo... yo no supe si sentir alivio o culpa. Porque parte de mí se alegraba. Ya no tendría que vivir bajo su sombra. Ya no sería cómplice de un monstruo.

—¿Pero? —Sendino susurró.

—Pero entonces Asuntos Internos empezó a investigar. Y yo me di cuenta de que con mi padre muerto, yo era el único que sabía toda

la verdad. El único que conocía todos los crímenes. Y si me atrapaban... terminaría en prisión. O en un psiquiátrico. O muerto.

Lucas volvió a sentarse.

—Así que cuando me interrogaron, mentí. Dije que no sabía nada. Y funcionó. Cerraron el caso por falta de pruebas. Pero me enviaron a terapia. Dieciocho meses en instituciones. Y allí, rodeado de otros chicos rotos, empecé a entender algo: no estaba solo. Había más víctimas de sus padres. Más hijos de monstruos. Y todos cargábamos con esa culpa que no nos pertenecía.

—¿Y por eso decidiste matar? —Oriol no pudo contenerse—. ¿Para lidiar con tu trauma?

—No. —Lucas lo miró fijamente—. Decidí matar porque en 2020 descubrí el podcast de Marcos. Y oí su voz de nuevo. La misma voz que había llamado a mi padre en 2009. La misma voz que escribió los artículos en 2012. Pero ahora convertida en estrella. Ganando millones contando historias de muerte.

Se inclinó hacia adelante, los ojos brillantes con intensidad perturbadora.

—Y entendí mi propósito. Iba a completar el trabajo de mi padre. Pero no como él. Yo usaría las historias de Marcos. Convertiría su podcast en realidad. Para que él sintiera lo que yo sentí. Para que cargara con la culpa de crear a un asesino.

Sendino sollozaba abiertamente ahora.

—Lo siento. Dios, lo siento tanto...

—Tus disculpas no sirven. —Lucas se levantó de nuevo—. Pero tu confesión sí. Este episodio, esta grabación, será mi legado. La prueba de que los periodistas también matan. Solo que lo hacen con palabras.

Se giró hacia Oriol.

—Y ahora, inspector, cumpliré mi promesa. Me entrego. Pacíficamente. Sin violencia. Tendrá su arrestado. Cerrará el caso. Todos ganan.

Oriol avanzó con las esposas listas.

—Lucas Sanz Ordóñez, quedas arrestado por...

La puerta trasera de la habitación se abrió de golpe.

Damián Cortés entró con una pistola en la mano.

—¡Quietos todos! ¡Nadie se mueve!

Oriol giró el arma hacia él.

—¡Suelta el arma! ¡Ahora!

Pero Damián no apuntaba a Oriol. Apuntaba a Lucas.

—Tú... —Su voz temblaba de rabia—. Hijo de puta. Pensé que éramos socios. Pensé que esto era sobre justicia. Pero solo me usaste.

Sendino se había levantado, retrocediendo.

—¿Damián? ¿Qué haces aquí?

—Pregúntale a Lucas. —Damián escupió las palabras—. Pregúntale cómo me convenció hace seis meses para ayudarlo. Cómo me dijo que íbamos a "completar" los crímenes olvidados. Que íbamos a ser héroes. Que íbamos a castigar a los culpables que el sistema perdonó.

Oriol procesaba la información a velocidad de vértigo. Damián. El investigador del podcast. Tenía acceso a todo. A los archivos. A la información. A los contactos.

—¿Has estado ayudándolo todo este tiempo?

—¡No sabía que iba a matar de verdad! —Damián gritaba ahora—. ¡Pensé que era solo... planificación teórica! ¡Un juego mental! ¡Hasta que Cristina Campos apareció muerta y reconocí los detalles! ¡Detalles que yo le había dado!

Lucas lo miraba con expresión impasible.

—Siempre supiste, Damián. Querías convencerte de que era ficción, pero sabías. Y te excitaba. Ser parte de algo real. Algo importante.

—¡Mentira!

—¿Entonces por qué me diste las direcciones exactas? ¿Por qué me conseguiste los archivos del comisario Ruiz? ¿Por qué me ayudaste a localizar a Héctor Villar?

Damián bajó el arma ligeramente. Lágrimas corrían por su rostro.

—Porque... porque quería impresionarte. Porque admiraba tu inteligencia. Tu capacidad de planificación. Pero nunca... nunca pensé que realmente...

—Claro que lo pensaste. —Lucas dio un paso hacia él—. Eres como yo, Damián. Fascinado por el crimen. Obsesionado con los asesinos. La única diferencia es que yo tuve el coraje de actuar. Y tú solo observabas.

—¡Basta! —Oriol avanzó—. Damián, baja el arma. Ahora. Podemos resolver esto.

Pero Damián estaba roto. Oriol lo vio en sus ojos. El colapso mental. La realización de que había sido cómplice de tres asesinatos. Que sus manos también estaban manchadas de sangre.

—No puedo... no puedo ir a prisión. —Damián retrocedía—. Mi madre... mi familia... no pueden saber...

—Damián, por favor. —Sendino intentó acercarse—. Baja el arma. Te ayudaremos. Testificaremos que Lucas te manipuló.

—¡No! —Damián apuntó el arma hacia su propia cabeza—. ¡No quiero ser parte de esto! ¡No quiero ser un episodio más de tu maldito podcast!

Todo sucedió en dos segundos.

Lucas se lanzó hacia Damián.

Damián apretó el gatillo.

El disparo resonó como trueno en el espacio cerrado.

Pero Lucas había desviado el arma en el último segundo. La bala impactó en el techo, arrancando un trozo de yeso.

Los dos hombres cayeron al suelo, luchando por el arma.

Oriol corrió hacia ellos, gritando por el canal:

—¡Disparo! ¡Disparo! ¡Todos dentro! ¡Ya!

El edificio explotó en movimiento. Botas corriendo escaleras arriba. Gritos. Radios crepitando.

Lucas consiguió arrebatarle la pistola a Damián. La lanzó lejos. Luego se levantó y corrió hacia la ventana.

—¡Alto! —Oriol apuntó pero no disparó. No con Sendino en la línea de fuego.

Lucas saltó por la ventana al edificio adyacente. Cristales rotos. Cinco metros de salto. Aterrizó mal, rodando.

Oriol corrió a la ventana. Lucas ya estaba corriendo por el tejado.

—¡En persecución! ¡Sospechoso huyendo por los tejados! ¡Dirección norte!

Saltó tras él. El impacto le sacudió los huesos pero mantuvo el equilibrio. Corrió.

Los tejados de Tetuán se extendían como un laberinto irregular. Diferentes alturas. Antenas. Chimeneas. Lucas saltaba de edificio en edificio con la agilidad de quien había planeado esta ruta.

Oriol lo seguía, el corazón bombeando adrenalina. Años de escritorio lo habían hecho lento. Lucas ganaba distancia.

—¡Unidades en Bravo Murillo! ¡Cortad las salidas! —Crespo coordinaba desde abajo.

Lucas llegó al final de un bloque. Callejón abajo. Seis metros de caída. Demasiado.

Se detuvo. Se giró.

Oriol se acercaba, apuntándole.

—Se acabó, Lucas. No hay salida.

Lucas sonrió. Esa misma sonrisa fría.

—¿No? —Miró hacia abajo—. Siempre hay salida, inspector.

Y saltó.

Oriol corrió al borde. Esperaba ver un cuerpo destrozado en el pavimento.

Pero Lucas había aterrizado sobre un contenedor de basura. Rodó. Se levantó cojeando pero vivo.

Y corrió hacia el metro. La entrada estaba a cincuenta metros.

—¡Mierda! —Oriol buscó otra forma de bajar. No la había.

Marcó por el canal:

—¡Sospechoso en dirección al metro de Cuatro Caminos! ¡Interceptad! ¡Ahora!

Pero cuando las unidades llegaron tres minutos después, Lucas Sanz había desaparecido.

El metro. Los túneles. El laberinto subterráneo de Madrid.

Se había esfumado.

Dos horas después, Oriol estaba de vuelta en el edificio abandonado. Damián Cortés había sido arrestado, sollozando, confesando todo entre lágrimas. Sendino había sido llevado a comisaría para declaración formal. La grabadora digital estaba siendo analizada por la Científica.

Lucía se acercó con una tableta.

—Tenemos identificadas las ocho víctimas. Las fotos del archivador de Julián Sanz fueron enviadas anónimamente a Asuntos Internos hace dos días. Desde una cuenta imposible de rastrear. Probablemente el propio Lucas.

Oriol revisó la lista:

1. Carmen Robles (1998) - estrangulada
2. Nuria Expósito (1998) - estrangulada
3. Blanca Suárez-Inclán (1998) - estrangulada
4. Patricia Mendoza (1998) - estrangulada
5. Isabel Cortés (2002) - estrangulada
6. Ana Beltrán (2005) - estrangulada
7. Rocío Matas (2007) - estrangulada
8. Marina Vega (2009) - estrangulada (con ayuda de Lucas)

Ocho mujeres. Once años de caza. Y finalmente, el hijo completando el legado del padre con tres víctimas más: Cristina Campos, el

comisario Ruiz, Héctor Villar.

Once muertes en total.

—¿Y Lucas? —preguntó Lucía.

—En el viento. —Oriol encendió un cigarrillo—. Pero volverá. No ha terminado. Dejó demasiados cabos sueltos. Demasiadas cosas sin decir.

—¿La grabación?

—Completa. Cincuenta y dos minutos. Sendino confesando su papel. Lucas explicando todo. Y Damián irrumpiendo. Todo documentado.

Oriol miró hacia las ventanas rotas del edificio. El amanecer empezaba a teñir el cielo de rosa pálido.

En algún lugar de Madrid, Lucas Sanz caminaba libre. Herido. Acorralado. Pero libre.

Y esto no había terminado.

Ni de lejos.

Su móvil vibró. Mensaje de número desconocido:

"Inspector Oriol. Lamento la interrupción. Damián no era parte del plan original. Se desequilibró. Pero cumplí mi promesa: la verdad quedó grabada. Ahora tengo una última cosa que hacer. El verdadero episodio final. Nos vemos pronto. Donde todo empezó. Lucas."

Oriol releyó la última línea.

Donde todo empezó.

¿El piso donde Julián Sanz se suicidó? ¿El edificio donde murió Carmen Robles? ¿El lugar donde enterraron a Marina?

Tenía que descifrar el acertijo antes de que Lucas completara su plan.

Porque presentía que el "verdadero episodio final" implicaba una última muerte.

Y que esa muerte podría ser la del propio Lucas Sanz.

CAPÍTULO 11

Donde todo empezó.

Oriol miraba fijamente esas cuatro palabras en la pantalla de su móvil. Eran las 7:23 de la mañana. No había dormido. Estaba en su despacho de la comisaría, rodeado de archivos, fotos, mapas de Madrid marcados con las ubicaciones de todos los crímenes.

Donde todo empezó.

Crespo entraba con dos cafés.

—Las unidades siguen peinando el metro. Nada. Se esfumó. —Dejó uno de los vasos frente a Oriol—. ¿Alguna idea de qué significa ese mensaje?

Oriol había estado dándole vueltas durante horas. ¿Dónde empezó todo? Podía ser:

- El piso de Carmen Robles, la primera víctima del padre en 1998.
- El lugar donde enterraron a Marina en 2009.
- El domicilio de Torrelodones donde Julián Sanz se suicidó en 2012.
- El estudio del podcast donde Lucas se obsesionó con Sendino.

Demasiadas opciones. Y Lucas jugaba con ventaja: él conocía el significado, Oriol solo adivinaba.

—Necesito hablar con alguien que conozca a Lucas mejor que nadie. —Oriol se levantó—. Su familia.

—El hermano, Adrián, está localizado. Abogado en Las Rozas. ¿Lo traemos?

—No. Vamos nosotros. Y quiero hablar también con la madre. Teresa Ordóñez. ¿Dónde vive?

Crespo tecleó en su portátil.

—Sigue en Torrelodones. Misma casa donde vivía con Julián. Calle Encinar número 34.

La casa donde Julián se suicidó. Donde Lucas pasó su infancia y adolescencia. Donde probablemente descubrió las fotos de su padre.

Donde todo empezó.

—Vamos. —Oriol agarró su abrigo—. Ahora.

El trayecto a Torrelodones duró cuarenta minutos en medio del tráfico matutino. Oriol conducía en silencio, fumando con la ventanilla entreabierta. Lucía Tamayo iba en el asiento trasero, revisando el perfil psicológico que había actualizado durante la noche.

—Si Lucas va a suicidarse, lo hará en un lugar con significado emocional. —Decía mientras leía—. La casa familiar encaja. Es donde perdió a su padre. Donde probablemente sufrió su primer trauma grave.

—¿O va a matar a alguien? —Crespo sugirió—. Una última víctima. Cerrar el círculo con sangre.

—¿A quién? —Lucía levantó la vista—. Ya mató a los tres que planeaba según el podcast. Damián está arrestado. Sendino bajo custodia policial. ¿Quién queda?

Oriol no respondió, pero una idea incómoda empezaba a formarse en su cabeza. Una idea que no quería considerar pero que tenía

cada vez más sentido.

Llegaron a Torrelodones a las 8:15. Un barrio residencial tranquilo, chalets de clase media alta, jardines cuidados, silencio suburbano. La calle Encinar era una vía sin salida flanqueada por árboles. El número 34 era un chalet de dos plantas, fachada blanca, jardín delantero con césped amarillento por el invierno.

Había un coche en la entrada. Un Seat León de unos diez años.

Oriol aparcó a veinte metros. Observó la casa. Todo parecía normal. Demasiado normal.

—Crespo, rodea por detrás. Lucía, conmigo por la puerta principal. Y tengan las armas listas.

Se acercaron despacio. El jardín estaba descuidado, como si nadie lo hubiera cuidado en semanas. El buzón lleno de propaganda. Oriol llamó al timbre.

Esperaron. Nada.

Llamó de nuevo, más fuerte. Golpeó la puerta.

—¿Señora Ordóñez? Policía Nacional. Necesitamos hablar con usted.

Un ruido dentro. Pasos. La puerta se abrió una rendija.

Una mujer de unos sesenta años los miraba con ojos cansados. Teresa Ordóñez. Pelo gris recogido en un moño, rostro demacrado, ropa de estar por casa. En sus ojos había algo más que cansancio: había miedo.

—¿Qué quieren?

—Soy el inspector Oriol. Estamos buscando a su hijo Lucas. ¿Está aquí?

—No. No lo he visto en años.

—¿Puedo pasar? Solo serán unos minutos.

Teresa dudó. Sus ojos se movían nerviosamente hacia el interior de la casa. Como buscando algo. O a alguien.

—No es buen momento. Estoy... no me siento bien.

Oriol lo supo entonces. Lucas estaba dentro. Tenía que estarlo.

—Señora Ordóñez, su hijo es sospechoso de tres asesinatos. Y creemos que puede estar en peligro. Por favor, déjenos pasar.

—No está aquí. —Teresa intentó cerrar la puerta pero Oriol puso el pie.

—Entonces no le importará que echemos un vistazo.

—¡Tienen que tener una orden!

—Si hay riesgo inminente, puedo entrar sin orden. —Oriol empujó suavemente—. Y créame, hay riesgo.

Teresa retrocedió, derrotada. Oriol entró seguido por Lucía. La casa olía a cerrado y a algo más. Algo químico. ¿Gasolina?

El salón era un museo del pasado. Fotos familiares en las paredes. Lucas y su hermano de niños. Julián en uniforme policial. Teresa más joven, sonriendo. Una vida congelada en 2012, cuando todo se derrumbó.

—¿Dónde está Lucas? —Oriol no perdía tiempo.

—Ya le dije que no...

—¡Mamá! —La voz de Lucas resonó desde el piso superior—. Déjalos subir. Ya no importa.

Teresa se derrumbó en el sofá, llorando. Oriol y Lucía intercambiaron miradas. Subieron las escaleras con las armas desenfundadas.

Lucas estaba en la que claramente había sido su habitación. Aún tenía pósters de fútbol en las paredes, una estantería con libros de adolescente, una cama individual. Él estaba sentado en el suelo, la espalda contra la pared, una pierna extendida en ángulo extraño. La caída del tejado lo había herido más de lo que aparentaba. Tenía el rostro magullado, la ropa rasgada, sangre seca en la sien.

Y tenía una pistola en la mano. No apuntaba a nadie. Solo descansaba sobre su regazo.

—Inspector Oriol. —Lucas sonrió débilmente—. Sabía que vendría. Es usted predecible en su dedicación.

—Suelta el arma, Lucas.

—¿O qué? ¿Me disparará? Ahórrese el trabajo. Ya pensaba hacerlo yo mismo. —Levantó la pistola ligeramente—. Pero antes necesitaba una última conversación. Con mi madre. Y ahora que está aquí, creo que debe escuchar también.

Oriol no bajó el arma pero tampoco avanzó.

—¿De qué quieres hablar?

—De quién es realmente responsable. —Lucas miró hacia las escaleras—. ¿Verdad, mamá? ¿Por qué no subes y les cuentas tu parte de la historia?

Teresa apareció lentamente en el umbral. Temblaba. Se agarraba al marco de la puerta como si fuera a derrumbarse.

—Lucas, por favor...

—¿Por favor qué? ¿Que guarde tu secreto como he hecho durante doce años? No. Se acabó. Es hora de que el inspector sepa la verdad completa. —Se giró hacia Oriol—. ¿Sabe cuándo descubrí que mi padre era el Estrangulador?

—Dijiste que a los quince años.

—Exacto. 2007. Encontré las fotos. Las víctimas. El archivo completo. Y ¿sabe qué hice? Fui corriendo a contárselo a mi madre. Llorando. Aterrorizado. Pensando que ella no lo sabía. Que juntos podríamos... no sé... hacer algo. Denunciarlo. Detenerlo.

Teresa sollozaba abiertamente.

—Y ella me miró. —La voz de Lucas se volvió de acero—. Me miró y me dijo: "Ya lo sé. Lo he sabido siempre."

El silencio era absoluto. Solo se oía el llanto de Teresa.

Oriol sintió que algo frío le recorría la columna.

—¿Usted sabía?

Teresa asintió entre lágrimas.

—Desde... desde 1998. Después de la primera. Carmen Robles. Julián llegó a casa esa noche y yo... lo vi en sus ojos. Vi la culpa. El pánico. Y encontré ropa manchada en el coche. Sangre. Y cuando salió en las noticias... lo supe.

—¿Y no hizo nada? —Lucía no podía ocultar su incredulidad—. ¿Dejó que siguiera matando?

—¡Era mi marido! ¡El padre de mis hijos! ¿Qué se suponía que hiciera? —Teresa gritaba ahora—. Si lo denunciaba, destruía a mi familia. Mis hijos crecerían siendo los hijos del monstruo. Yo sería la esposa que no vio las señales. Perdería todo. Todo.

—Así que elegiste protegerlo. —Lucas escupió las palabras—. Elegiste tu reputación sobre la vida de mujeres inocentes.

—¡Intenté detenerlo! Le rogué que parara. Le dije que buscaría ayuda. ¡Pero él no podía parar! Era... era una enfermedad. Y después de las cuatro del 98, cuando pensé que había terminado, que finalmente había acabado...

—Pero no terminó. —Lucas terminó la frase—. Siguió matando. Más espaciadamente. Más cuidadosamente. Y tú seguiste fingiendo que no pasaba nada. Cocinando cenas. Yendo a reuniones escolares. Sonriendo a los vecinos. Mientras tu marido estrangulaba mujeres.

—Yo no maté a nadie. —Teresa se defendía débilmente.

—No. Pero permitiste que sucediera. Una y otra vez. —Lucas se levantó con dificultad, apoyándose en la pared—. Y cuando yo, con quince años, te conté que lo sabía, ¿qué hiciste? ¿Me protegiste? ¿Llamaste a la policía? No. Me hiciste cómplice también. Me dijiste que si hablaba, destruiría a la familia. Que tenía que guardar el secreto. Por Adrián. Por nosotros.

Se acercó a ella cojeando. Oriol tensó el dedo en el gatillo pero no disparó. Todavía.

—Y yo lo guardé, mamá. Durante dos años lo guardé. Hasta que papá me arrastró a matar a Marina. Y cuando volví a ti, llorando, con las manos manchadas de sangre, ¿sabes qué me dijiste?

Teresa no respondía. Solo lloraba.

—Me dijiste: "Ahora estamos todos juntos en esto. Ahora eres uno de nosotros." —La voz de Lucas se quebró—. Convertiste a tu hijo de diecisiete años en asesino y lo llamaste unidad familiar.

Oriol empezaba a entender. Teresa no era solo testigo pasivo. Era cómplice activa. Había convertido a su hijo en monstruo tanto como Julián.

—Señora Ordóñez, está arrestada por complicidad en ocho asesinatos y ocultación de pruebas.

—¡No! —Teresa retrocedió—. ¡Yo no hice nada! ¡Solo intentaba proteger a mi familia!

—Protegerse a sí misma. —Lucas levantó la pistola. No hacia Oriol. Hacia su madre—. Y por eso voy a terminar lo que papá empezó. El último crimen olvidado. La cómplice que nunca fue juzgada.

—¡Lucas, no! —Oriol apuntó—. Baja el arma. Ella irá a prisión. Pagará por lo que hizo. Pero no así.

—¿No? ¿Cuántos años cree que le darán? ¿Diez? ¿Quince? Saldrá siendo anciana y vivirá el resto de su vida tranquila. Mientras las ocho mujeres que mi padre mató siguen muertas. Mientras Marina sigue muerta. ¿Eso es justicia?

—No puedes convertirte en juez y verdugo.

—Ya lo soy, inspector. Hace tres cadáveres que lo soy. Uno más no cambia nada.

—Cambia todo. —Oriol dio un paso adelante—. Porque hasta ahora has matado por venganza. Por trauma. Por locura. Pero si matas a tu madre, será solo odio. Y el odio te consumirá más de lo que ya lo ha hecho.

Lucas vaciló. El arma temblaba en su mano.

Teresa se había dejado caer de rodillas.

—Lucas, hijo, por favor. Sé que cometí errores. Sé que debí hacer más. Pero te amaba. Os amaba a ti y a tu hermano más que a nada. Todo lo que hice fue para protegeros.

—¡No nos protegiste! —Lucas gritó—. ¡Nos condenaste! ¡Convertiste nuestra casa en una tumba! ¡Cada día desayunaba en la misma mesa donde papá planeaba asesinatos! ¡Cada noche dormía sabiendo que abajo había fotos de mujeres muertas! ¡Y tú actuabas como si todo fuera normal!

—Lo siento. Dios, lo siento tanto...

Lucas apretó el gatillo a medias. Sus ojos llenos de lágrimas y rabia.

Oriol sabía que tenía un segundo. Quizá menos. Podía disparar. Apuntar al hombro. Neutralizarlo. Salvar a Teresa.

Pero otra parte de él —la parte que llevaba quince años sin dormir bien por Marina, la parte que entendía la obsesión y la culpa— se preguntaba: ¿realmente debería?

Teresa Ordóñez había permitido ocho asesinatos. Había convertido a su hijo en monstruo. Había elegido su comodidad sobre vidas inocentes.

¿No merecía lo que Lucas estaba a punto de hacer?

—Inspector. —La voz de Lucía a su lado, tensa—. Tiene el tiro. Dígame qué hago.

Oriol miraba a Lucas. Veía al niño de seis años que había sido. Al adolescente que descubrió que su padre era un monstruo. Al joven de diecisiete obligado a matar. A la víctima que se convirtió en victimario.

—Lucas. —Oriol bajó el arma—. Si haces esto, ella gana. Porque morirá siendo la víctima. La pobre mujer asesinada por su hijo psicópata. Y tú serás el monstruo que ella siempre dijo que eras.

—Ya soy un monstruo.

—No. Eres una víctima. De tu padre. De ella. Del sistema que falló. Pero si aprietas ese gatillo, dejas de ser víctima. Y nunca podrás volver atrás.

Lucas lloraba abiertamente ahora. El arma seguía apuntando a Teresa pero su mano temblaba cada vez más.

—Ella... ella mató mi vida antes de que empezara. Me robó la inocencia. Me convirtió en esto.

—Lo sé. Y pagará. Te lo prometo. Pero déjame hacerlo correctamente. A través de la ley. Para que el mundo sepa la verdad.

Para que tu historia se cuente completa.

—¿Mi historia? —Lucas rio entre lágrimas—. ¿Otro puto episodio de podcast?

—No. Tu testimonio. En un juicio. Donde se juzgará también a ella. Donde finalmente alguien dirá que fuiste víctima antes de ser victimario.

Lucas miraba a su madre. Ella seguía de rodillas, destrozada, esperando la bala.

—¿Y si no es suficiente? ¿Y si la justicia la perdona?

—Entonces habrás hecho lo correcto. Y eso tendrá que bastarte.

El silencio se extendió durante segundos que parecieron horas.

Finalmente, Lucas bajó el arma.

—No puedo... —Su voz se rompió—. No puedo matarla. Por mucho que lo merezca. Porque entonces sería como mi padre. Y lo único que quiero es no ser como él.

Dejó caer la pistola. Se desplomó en el suelo, sollozando.

Oriol se acercó. Le puso las esposas con cuidado, casi con ternura.

—Lucas Sanz Ordóñez, quedas arrestado por triple homicidio. Tienes derecho a permanecer en silencio...

—Lo sé. —Lucas interrumpió—. Soy hijo de policía. Conozco mis derechos. —Levantó la vista hacia Oriol—. ¿Cuidará de que la verdad salga? ¿De que no solo sea yo el monstruo de la historia?

—Te lo prometo.

Lucía estaba arrestando a Teresa, que no oponía resistencia. Solo lloraba y repetía una y otra vez:

—Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Pero las disculpas no resucitaban a nadie.

EPÍLOGO - SEIS MESES DESPUÉS

Madrid, mayo de 2025

El juicio del siglo, como lo llamaban los medios, había durado tres meses.

Lucas Sanz fue condenado a prisión permanente revisable por tres asesinatos: Cristina Campos, comisario Esteban Ruiz, y Héctor Villar. Pero el juez reconoció atenuantes: trastorno mental, abuso durante la minoría de edad, manipulación familiar. Posibilidad de revisión en veinticinco años.

Teresa Ordóñez fue condenada a treinta años por complicidad en ocho asesinatos y encubrimiento. Sin atenuantes. El juez fue claro: "Su silencio mató tanto como las manos de su marido."

Damián Cortés recibió doce años como cómplice. Cooperó totalmente. Declaró contra Lucas. En prisión estaba escribiendo un libro: *"Cómo me convertí en cómplice de un asesino"*.

Marcos Sendino nunca volvió a grabar un podcast. El episodio 113, la confesión grabada aquella noche, nunca se publicó. Estaba sellado como prueba judicial. Sendino vendió los derechos de su historia a Netflix por una cifra no revelada y se retiró. Algunos decían que estaba en terapia intensiva. Otros que había intentado suicidarse dos veces. Nadie lo sabía con certeza. Había desaparecido de la vida pública.

Oriol caminaba por el cementerio de La Almudena una tarde de mayo. El sol brillaba suave. Los árboles florecían. La vida continuaba, indiferente a los muertos.

Se detuvo frente a una lápida:

MARINA VEGA ROBLES
1986 - 2009
Finalmente en paz

Había añadido el apellido Robles. Porque Marina merecía estar conectada con su madre. Carmen y Marina, juntas en algún lugar más allá de este mundo roto.

—Lo siento por tardar tanto. —Oriol dejó flores frescas—. Quince años. Pero finalmente sé qué te pasó. Y los responsables pagaron. No sé si eso te da paz. Pero espero que sí.

Se sentó en el césped junto a la tumba. Encendió un cigarrillo.

—Voy a jubilarme. —Dijo en voz baja—. Treinta años en homicidios. Es suficiente. Elena dice que debería viajar. Conocer mundo. Hacer cosas normales de gente normal. Quizá tenga razón.

Había hablado con Elena tres veces desde el caso. Café. Conversaciones incómodas pero honestas. Ella tenía pareja nueva. Él seguía solo. Pero al menos estaban hablando. Era un principio.

Su móvil vibró. Mensaje de Crespo:

"Jefe, Lucas Sanz quiere verlo. Ha pedido específicamente que usted vaya. Dice que tiene algo que contarle. Algo que nunca dijo en el juicio."

Oriol suspiró. Incluso en prisión, Lucas seguía jugando. Siempre una revelación más. Un secreto más. Una verdad más.

Pero Oriol estaba cansado de verdades. Cansado de secretos. Cansado de monstruos y víctimas y la delgada línea entre ambos.

Escribió:

"Dile que iré. Pero esta es la última vez."

Se levantó. Miró una última vez la tumba de Marina.

—Adiós, Marina. Descansa.

Y caminó hacia la salida del cementerio, hacia su coche, hacia una última conversación con Lucas Sanz.

Porque algunos casos nunca se cerraban completamente.

Algunos fantasmas nunca dejaban de perseguir.

Y algunos inspectores nunca aprendían a decir que no.

FIN

[NOTA DEL AUTOR]

El Podcast de la Muerte: La última grabación

Una historia sobre culpa, verdad y el precio de convertir la tragedia en entretenimiento.

Gracias por leer.
